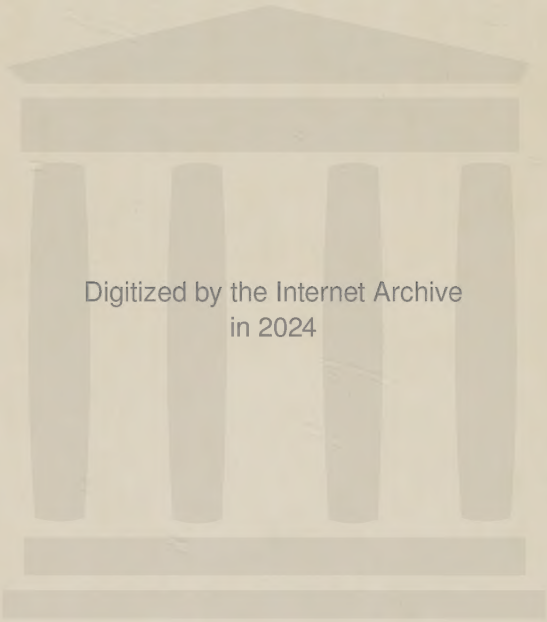
UNIV. OF ARIZONA
Lopez Silva, Jose/La musa del arroyo : [mn
3 9001 03944 0865

LA MUSA DEL ARROYO

RENACIMIENTO
MADRID



Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/lamusadelarroyo0000jlop

J. LÓPEZ SILVA

LA MUSA DEL ARROYO

CON PRÓLOGO DE LA

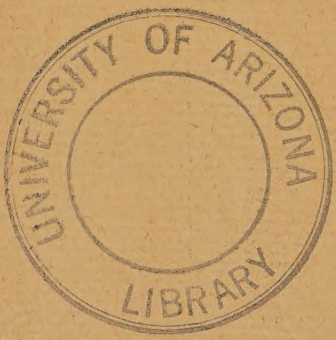
CONDESA DE PARDO BAZÁN

Y EPÍLOGO DE

DON LUIS BONAFOUX

MADRID-BUENOS AIRES
BIBLIOTECA RENACIMIENTO
V. PRIETO Y COMP.ª, EDITORES
1911

Es propiedad. Queda hecho el
depósito que marca la ley.



MADRID.—Imprenta de Juan Pueyo, Mesonero Romanos, 34.

862.59
L863m

AL PUEBLO ARGENTINO CON TODAS MIS SIMPATÍAS.

J. López Silva.

PRÓLOGO

No adivino qué ventaja pueden reportar á López Silva unas páginas mías al frente de un un libro suyo; en cambio, sé que para mí es gratísimo tener ocasión de repetir en letras de molde lo tantas veces expresado verbalmente: que este pintor y poeta popular merece mi simpatía y admiración, no vinculadas á género, asunto ni estilo alguno, y de antemano conquistadas para toda labor literaria, por cuyo sistema venoso circula vida.

No he de buscar á López Silva entronques ni filiaciones. Lo hizo con maestría Jacinto Octavio Picón, en el prólogo de *Los Madriles*. Trazado por tan experta mano el árbol genealógico, es inútil rehacerlo. Sin duda, nadie

nace de sí mismo, y así como no es López Silva un fenómeno de generación espontánea, tampoco es un caso de aislamiento en la época presente. Hay en las letras, y particularmente en el teatro actual, corrientes de costumbrismo y de sátira, que es imposible no relacionar con la labor de López Silva. El sainete, resucitado por tantos frescos ingenios, entre los cuales figura, en primer término, el inolvidable Ricardo de la Vega, tiene estrecho parentesco con los diálogos de López Silva, que por ley natural es sainetero también, y de los más castizos. Y los artículos firmados por aquel amenísimo y en el fondo tan observador Luis Taboada, responden á idéntica tendencia, aun cuando Taboada haya trabajado sobre la mesocracia, muy próxima al pueblo, y López Silva sobre el pueblo mismo, concretándose á tomar por modelos los *gatos* y *gatas* de Madrid. A pesar de estas relaciones y afinidades, López Silva no debe, hablando en plata, nada esencial á ninguno de antaño ni de hogaño. Tiene fisonomía inconfundible, originalidad innegable é innegada. El vaso en que bebe,

ora el argandeño peleón de figones y merenderos, ora la manzanilla olorosa, de rancias tradiciones, es suyo, y no pueden los numerosos imitadores que le han salido robárselo ni un instante.

Se ha creado López Silva su mundo chico. En ese mundo se agitan hombres y mujeres cortados por el mismo patrón que nuestro zapatero, el fumista que viene á deshollinar la chimenea, la planchadora que se lleva la ropa, la mendiga que nos tiende la mano y el golfillo que á la salida del teatro se ofrece á avisar el coche. Tal calaña de gente habla rasgado, suelta procacidades, tiene soberbia y punto de honra, sentimentalismo, concupiscencia, vanidad pueril; es sentenciosa, moraliza, predica, se baja por una perra ó una colasa, defiende opiniones políticas y la atrae el señuelo de una repleta bota ó una cazuela de bacalao con pimientos. López Silva, que es artista y no fotógrafo, dibuja las siluetas con provocativa gracia, y sorprende y acaso acentúa el palabreo de doble sentido, las picantes guindillas del discutir, y la conceptuosa soflama del

discreteo chulapo. Y ese mundo chico de López Silva está impregnado de realidad, bajo el forzoso convencionalismo de la rima satírica; y es un mundo bien radicado, plantado hondo en la seca estepa castellana donde la corte de las Españas se asienta; y parece madroñero de rojos frutos, áspero asl tacto y por dentro sabrosos á mieles de poesía.

El elemento cómico, en López Silva, diría yo que procede de un contraste, y contraste muy significativo para el conocimiento del alma nacional. Los personajes de López Silva se precian de hidalgos ó cosa análoga; no les falta cierto ideal de altivez; han oído hablar mucho del honor; aspiran á encarnar la belleza del sentimiento heroico... Lo malo es que, al mismo tiempo, experimentan deseo vivísimo de conservar la piel; y no sólo de tan prudente idea se hallan penetrados, sino de un cariño vehemente al *coci*, al apetitoso guisote, á la tensa bota, en cuyo vientre duermen la ilusión y la alegría... Así, los pruritos caballerescos, que tal vez sugiere un atavismo no muy remoto (el de los fieros majos de 1808),

paran siempre en salvar la pelleja á costa de la vergüenza, y el condumio, á costa de lo que fuere...

Sí; los personajes de López Silva no son jamás un Sancho Panza, que acepta tranquilo su villanía, y declara y reconoce que entre él y el Caballero de la Triste Figura existe infranqueable foso; que hay cosas de señores y cosas de gente baja; que la andante caballería no se hizo para los zafios, y á la vez es cristiano viejo y no le falta vergüenza. Los tipos de López Silva, que no han labrado la tierra, que viven en una gran ciudad, están amasados con partículas de orgullo entre el barro de su psiquis, y tienen también su aleación de sensualismo y hasta sus pujos científicos, cuando emplean las palabras nuevas adaptándolas, y ponen en circulación las ideas recientes dándoles tormento. Nada más opuesto al buen Sancho que el chulo de Madrid, resabido, fanfarrón, irónico, mezcla de loro y mico, y sin embargo, ingenuo como el *gavroche* parisiense, al cual va asemejándose en algunos respectos. Con ser tan nacionales los diálogos de López Silva, á

veces, como en ráfaga, han traído á mi mente el recuerdo de las canciones de Bruant, esas estrofas en que aparecen tipos como el *souteneur* y la *marmite*, tan á menudo y con tanto garbo delineados por nuestro poeta madroñero.

Los personajes de López Silva no renuncian, no, á la vieja leyenda. Ved sus alardes patrióticos ante "el Daoiz y el Velarde" y contra los "rifleños"; escuchad sus baladronadas de esposos calderonianos en la frase, aunque mansísimos apenas llegados al terreno de la acción, limitándose á quejarse de la "falta de franqueza" de sus esposas; contempladlos llevando al brazo una corona fúnebre, camino del cementerio, derrochando recuerdos de ternura, y detenidos por la juerga y la merienda que les salen al paso y dan al traste con todo su romanticismo de ultratumba, despertando su verdadera naturaleza de pícaros, más picardeados por el ambiente cortesano, de excitaciones al goce y á la holganza inquieta. Porque este chulo madrileño tampoco es el *lazzarone* napolitano que se tiende al

sol; es un espíritu despierto, goloso de todo, con opiniones acerca de todo; se mezcla en política (leed en *Los barrios bajos* el saladísimo *meeting);* se preocupa de lo que hace, de cómo vive la gente aristocrática: si pudiese, la parodiaría; mete cucharada en crítica teatral; hasta representa obras clásicas, entre dos vueltas de chotis y una copa de *anisao*... El chulo es eléctrico, vivaz como lagartija de pared agrietada; y no digamos la explosiva chula, toda pólvora, fuego y chispazos, toda manos y uñas, toda boca para soltar venablos, pullas y frescas... Como el Adán y la Eva que tanta fama dieron al pintor realista Van Eyck; la pareja humana de López Silva no es muy bella, pero, en su fealdad, la magia de la vida ardiente difunde un interés que atrae la mirada y entretiene la imaginación.

Sin duda fuera ocioso negar que la obra de López Silva refleja un momento poco halagüeño de la historia del pueblo matritense. Desde 1870, viene acentuándose la desaparición del manolo y la preponderancia del chulo; si me apuran, diré la hegemonía del hampón,

como á las patillas de boca de hacha, todavía predilectas del duque de Sexto, que era majo injerto en magnate, han sucedido los tufos y el pantalón ceñidito. Este descenso lo reconoce López Silva, y, por una vez, su musa se desciñe el mantón bordado, de Manila, viste peplo, calza coturno, y en una *Sátira*, oficialmente graduada de tal, dice al supuesto amigo que desde provincia le envidia la residencia en Madrid:

"Ya no es éste el Madrid cuyo recuerdo
de tu memoria en lo profundo guardas;
es un poblacho histérico y podrido,
reflejo fiel de nuestra pobre España;
vivero de Alfaraches y Manguelas,
plantel de entretenidas y de randas,
feria de apostasías y cohechos,
corte del organillo y la navaja..."

Muchos de los males que esta sátira lamenta acaso no sean de hoy tan sólo; otros tal vez los abulte López Silva, que ve la realidad concreta de un modo exacto; pero que, al generalizar, puede sustituir sus opiniones sociales á su agudeza de observador. Yo no veo, actualmente, tanto fraile, ni que hagan tanto daño. No cabe duda que en los tiempos cuya des-

aparición llora López Silva haciendo sátira en serio, había más frailes que ahora, muchos más, y eran doblemente influyentes en las costumbres. Cuando España tenía, digámoslo con palabras del mismo satírico, savia de pueblo grande, en cada calle se alzaba un convento, sino dos. Yo no pretendo que estos tiempos vuelvan; pide cada tiempo lo suyo; lo malo es si, como sucede quizás en nuestra patria, hemos olvidado lo grande de antes, y no hemos sabido crear lo grande de ahora. Hay en el chulo mucho de lo neto, castizo, característico, típico, y demás, del majo; pero cualquier lego de antaño le vence en instrucción, y cualquier villano de otros días en dignidad, porque uno de los tesoros de nuestra alma antigua fué la dignidad villana, la nobleza del pueblo, de la cual quedan rastros, y que nos es más preciosa aún, si cabe, que la aristocrática, que no ha desaparecido, pero anda asaz maltrecha también á la hora presente. Tienen los chulos del pueblo bajo su pintor y su poeta, que los retrata con insuperable donairel; ástima no retratar á los

chulos de automóvil, á las golfas vestidas por el gran modisto.

Y perdóneme el público la seriedad de estas parrafadas últimas, y no abandono el estilo grave para repetir que profeso al ingenio de López Silva la consideración que se merece, y la merece muy alta. No se mide la importancia de la obra ni por su asunto, ni por ninguna circunstancia accesoria ajena al arte. Murillo, que trasladó al lienzo la profundidad del misterio glorioso y las irradiaciones del Empíreo, no fué inferior á las *Concepciones* cuando trazó la figura de un chicuelo desharrapado, en cierto cuadro, cuyo nombre no me atrevo á estampar; un golfo que se entrega á la misma tarea que se entregó la Cava, según el romance, en la cabellera del rey Rodrigo.

Y me despido de esta musa regocijada y amarga, deseando al poeta palmas, tabacos y muchos años de inspiración, hasta que enmudezca... porque sus modelos hayan desaparecido ó den el salto atrás, al clásico, al legítimo *manolo*.

La Condesa de Pardo Bazán.

EL TRIUNFO DE LAS FALDAS

EL TRIUNFO DE LAS FALDAS

A mi queridísimo amigo
CARLOS DIAZ VALERO

O á mí me han puesto en la bola
crin vegetal, ó confieso
que hay cosas en este mundo
que no las entiende el Verbo.
Chico, no sé; yo en la calle
soy un huracán y tengo
ca arrebato que me asusto
yo mismo; pero me veo
ante mi mujer y cambio
de genial en unos términos

que algunas veces debía
comprarme un *recoge abuelos*.
—¡Me choca!
—Pues es más fijo
que la luz. ¿Te explicas tú esto?
—¡Hombre, yo!...
—¡Miedo me paece
que no será!
—Desde luego.
—¿Es hinotismo?
—Pudiera.
—Hinotismo ú no, lo cierto
es que en mi casa no hay forma
de que se haga más que aquello
que á mi señora le sale
del moño. Y que no me quejo
de rutina, bien patente
lo está indicando mi aspezto.
—Sí que vas algo cochino,
sin que te ofendas por esto.
—¿Que si voy?... Fíjate un poco
pa que te enteres de lleno.
La camisa me la puse
la víspera de San Pedro,

y si la dejan, se va
sola al río.
—Sí lo creo.
—Y á este tenor ves contando:
los pantalones los llevo,
ya lo ves, que el mejor día
me se va á salir un hueso
por las rodillas, si no hay
quien me eche un par de remiendos,
y los calcetines, mialos:
uno lila y otro negro,
con ca tomate en las puntas
que, aunque te parezca un cuento,
hay semanas que me corto
las uñas con ellos puestos.
—¡Qué comodidaz!
—En fin,
otro detalle: yo tengo
que barrer ca quince días
una ú dos veces lo menos
el cuarto, pa que no llegue
la porquería hasta el techo,
y mi señora, en el ínterin,
¡buena, gracias! porque á tóo esto

concurre la circunstancia
de que no se la ve el pelo
más que á la hora de acostarnos,
y algunas veces ni aun eso.
—¿Y tu autoridaz, Sindulfo?
—¡La he perdido, Baldomero!...
Vergüenza me da la cosa,
pero, chico, te confieso
que aquí ande me ves estoy
dominao por la Loreto.
—Pues tú siempre la tuvistes
debajo de ti.
—Muy cierto;
pero, ¡qué quieres! el hombre
poco á poco va cediendo
sus perrogativas, cuasi
sin hacerse cargo de ello,
y el día que se da cuenta
ve que ya no tié remedio.
—¡Quién te conoce, Sindulfo!...
—¡Ya ves, en tan poco tiempo,
qué cambio!...
—Tú tiés la culpa;
si la rompieras un remo,

ya verías cómo andaba
más tiesa, porque te azvierto
que estas cosas no las cura
más que el *jarabe de fresno.*
—Y dándola un estacazo
en el toldo de los sesos,
conforme con tu juiciosa
reflesión, que yo agradezco,
¿qué adelanto, si lo que ahora
no hace por falta de aseo,
lisiándola malamente
no habría de hacerlo luego?
—Según.
—Y, por otra parte:
¿Quién tié medida, ya puestos
á zumbar, pa no meterse
en un fregao de mal género,
máxime yo con lo bruto
que soy cuando me caliento?
—¡Mirándolo así!...
—¡No hay otra
forma de mirarlo! Y luego
pa remate, ahora resulta
que, después de tanto tiempo

sin novedaz, antinoche
me notició la Loreto
que está de tres.
—No son muchos.
—Muchos ú pocos, que en esto
no hago hincapié, ¿quiés decirme
quién le sacude el pellejo
á una mujer que está en estas
condiciones?
—Pero bueno,
¿y cómo te explicas tú
(te pregunto yo) que habiendo
sido tu citada esposa
toda su vida un modelo
de limpieza y de cariño
(como lo reconocemos
tóos los que la hemos tratao
de cerca, con más ó menos
intimidaz, ahora y antes
de unirsos el Sacramento
matrimonial), de repente
se haiga salido por tientos,
haciéndote, salvo error,
desgraciao por tóos concetos?

—¡No sé; pero estoy ca día
más convito y más confeso
de que este indecente mundo
es un puro estercolero!
—Algo hay de verdá en el fondo.
—¡No te coja duda de ello!
—¿Y hace mucho de ese cambio?
—Desde que salió el decreto
de Canalejas coartándole
las facultades al clero.
—¡Anda!
—Te choca, ¿no?
—¡Claro!
—Pues na, chico; que se ha vuelto
clerical, y no se ocupa
de los asuntos domésticos
aunque la aspen, y no sueña
más que en sermones y clérigos,
y en recorrer sacristías
y en darse golpes de pecho.
—¡Pero, hombre, si tu mujer
es más liberal que Riego!...
—¡Era! Miá tú si sería
liberal, que cuando entremos

en relaciones, los amos
ande ella estaba sirviendo
de doncella se empeñaban
en meterla en un convento,
y además de que se puso
tan fuera de sí con ellos,
que si no estoy yo delante
los ves en el *Blanco y Negro*,
les dijo que menos monja,
que la metieran á aquello
que quisieran, inclusive
á fregar nodoros. Bueno;
pues hoy tié el clericalismo
tan incustrao en los huesos,
que si coge á Canalejas
se lo carga, Baldomero.
—¡Anda Dios!... Pues más valía
que te aplastara un *cangrejo*,
porque en el mundo tóo tié
compostura menos eso.
—¡Y que está poco orgullosa!...
Ahora dicen que la han hecho
secretaria de las *Hijas*
de no sé qué, y hasta creo

que echa discursos y tóo
pa derribar al Gobierno.
—Menos mal, porque si Maura
vuelve al poder, te prevengo
que esa acaba en mujer pública
y por ahí ná vas perdiendo,
porque si ella es lista y sabe
darle gusto al elemento
clerical de las derechas,
que es ande hoy está el dinero,
algo te tocará á ti
también.
—¡Te engaña el deseo!
—¡Hombre, según!
—¡La conozco!
Mi mujer acaba en eso
que dices y sacará
lo que pueda, Baldomero,
pero á mí me se ha torcido
la fortuna en unos términos,
que tendré que hacerme un saco
y dedicarme á trapero.

EL ANIVERSARIO

EL ANIVERSARIO

—¡Hoy estoy muy triste! ¡Por lo que más
[quieras
no me hables, Cirilo, de cosas alegres!
—¿Qué concho te pasa?... ¿Por qué te acoqui-
[nas?...
¿Qué pena te aflige?... ¡Contéstame, leñe!
Y alegra esa cara, que, al verte, cualquiera
diría que es martes y estamos á trece.
—¡No puedo, Cirilo!
—¡Me dejas asorto!...
—¡En estos istantes estoy que me pueden
ahogar con un pelo!...
—¡Rediéz!... ¿Pero lloras?

—¡Ya ves!
—¡Vamos... mira que tié pelendengues!
¿No te da vergüenza de estar ahí jipando
como una comadre? ¡Mentira parece
que tú haigas corrido las juergas á cientos
y tengas la fibra de plata Meneses!
¿Y tú te la dabas de enjundia y de yemas?
¿Y tú eres el Galo Cascales y Méndez
que estás desde el día que vino á este mundo,
según dijo el otro, de chufla perezne?
—Yo mismo.
—¡Mentira! ¡Tú no eres Cascales!
—¡Las cosas que pasan! ¡Cirilo, qué quieres!
¡También las personas de humor la *diñamos!*
¡También se impresionan los hombres de tem.
[ple!
—¿Que tú te impresionas?...
—¡Yo, sí!
—¡Miau!
—¡Te ruego
que no hagas el gato!
—¡Gachó; pero si eres
el fresco más grande que come cocido,
según lo atestiguan los hechos siguientes!:

Se murió tu madre, y estuvistes mustio
no llegó á dos horas, y, al volver del Este,
tú, con otros guarros que iban en el duelo,
sos emborrachasteis asquerosamente.
—Fué pa ahogar la pena que nos embargaba.
—Sí, ¿verdá?
—¡Por éstas!
—¡Qué buen humor tienes!
¿Te afligistes mucho por lo de la Rita
cuando, por tu culpa, tuvieron que hacerle
la *cesaria?*
—¡Concho! ¿Por mi culpa?...
—¡Claro!
Tú hablabas con ella cuando el acidente.
—¡Yo en lo de la Rita fuí nutral, Cirilo!
—¡Eso se lo cuentas á la diosa Ceres!
—¡Te lo juro!
—Bueno. ¡Pa tu abuela!
—¡Mialas!
¡Que me caiga muerto si te engaño! ¡Créeme!
—Y dao que así fuera, que en eso no insisto,
¿qué diosla importaba, pa que te ofendieses?
No te hagas el pípi, porque te conozco
como si te hubiera llevao en mi vientre,

y pa darme el timo de los perdigones
llevas en la chola muy pocos amperes.
—¡Ay, qué errao me juzgas!
—¡Vamos, hombre, calla,
que ya estoy hartizo de escuchar sandeces!
¿Qué dolor tuvistes el nefasto día
que al que fué tu padre (si el rumor no miente),
le ditaminaron los de las Salesas
el tomar las aguas del Peñón de Vélez?
¿Qué ataque de nervios fué el que te produjo
lo de que tu hermana, la menor, tuviese
que laztar un chico, pa ganarse el piri,
antes de casarse con el pobre Lesmes?
Ca hecatombe de esas, te ha aumentao la grasa
cerca de dos kilos, aunque tú lo niegues,
y así estás, á fuerza de pasar fatigas,
como si te hubieran rellenao con nueces.
¿Tengo ú no motivos pa llamarte sucio?
¿No son estos hechos pruebas endelebles
de que ande otros llevan la región cordíaca
Dios te puso á ti una rueda de escabeche?
Y si á mí me costa que es el Evangelio
tóo lo que te he dicho, ¿cómo concho quieres
que yo tome en serio lo de tu tristeza,

pa que, encima, vayas y te pitorrées?
—Tiés razón, Cirilo; yo, pa los afeztos
del hogar, he sido refraztario siempre;
pero en mi familia, sin faltar á nadie,
de vergüenza se anda muy medianamente,
y cuando no encuentras lazos que te liguen
ni á los que te dieron tu existencia breve,
¿dónde está la causa, la razón ni el título
pa que tú te aflijas aunque los degüellen?
Yo seré lo guarro que te dé la gana,
que ca cual se forja lo que le parece;
pero pa el cariño que me llega al hondo
no hay un sér más grande ni que más se afezte.
Mi aflición lo dice; que con tóo lo fresco
y con tóo lo sucio que queréis hacerme
llevo ya dos horas de llorar, lo mismo
que un niño de teta con dolor de vientre.
—¡Sí que será grande tu pesar!...
—¡Imenso!
Hoy hace tres años que murió la Teles,
y al recuerdo sólo de tan triste fecha,
al redor del alma me se forman pliegues
y la nuez me ostruye la garganta y ca uno
de mis lagrimales es un mar de hieles.

Ya sé que te ríes en tu forro interno
de mis arrebatos, porque no comprendes
que un hombre corrido pueda apasionarse
como yo lo estaba, tan esclavamente,
de una mujer tuerta, negra como el cisco
y con cuatro pelos matizaos de liendres.
—¿Pero á mí qué historias vas á colocarme
si te la he tenido que quitar cien veces
porque la mondabas á estacazo limpio?...
—¡Eso nos unía más estrechamente!
Ella sí, tenía lañas á montones
(¡quién podrá jaztarse de que no las tiene!);
pero yo no olvido que la pobre chica
hizo por mí cosas de esas que enternecen,
porque ¿y aquel rasgo generoso y noble
de dejar á Dimas, á los cuatro meses
de casaos, tan sólo porque la dijeron
que yo estaba en cama sin poder moverme?
¿Y el privarse en vida de lo más preciso
(porque ni siquiera se compraba peines),
pa que yo pudiera presumir de ropa
y llevar encima dos pesetas siempre?
¿Y las otras pruebas de su amor? ¿Y aquello
de que, con lo bruto que me pongo á veces,

no hubiera en el tiempo que estuvimos juntos
exigencia mía que ella no atendiese?...
¡¡Ay, Cirilo!!
—Bueno; sécate los ojos
y á olvidar las penas.
—¡Imposible!
—Vente,
que esta tarde vamos un porción de amigos
á un ventorro nuevo que hay en Vista Alegre
con las oficialas de Manolo el sastre,
y como son todas chicas muy corrientes,
si nos enredamos pué que haiga ludibrio...
¿Hace ú qué?
—¡Cirilo...
—¡Duro y no lo pienses!
—¡Déjame que sufra!
—¡Miá que eres panoli!
—¡Pobre Telesfora!...
—¿Ya qué hemos de hacerle!
—¿Son guapitas?...
—¿Guapas?... ¡Quitan la cabeza!
—¡Ay, Dios mío!
—¡Vamos!
—Nó sé si atreverme.

—Eso no se piensa.

—Si es que estoy muy triste!

—Aprovecha, primo, que la vida es breve,
y anda ya pa alante, pa que no se diga
que has cambio de sexo repentinamente.

—¿Va alguna rechoncha?

—La mujer del sastre.
¡Ya verás, muchacho, qué par de alicientes!

—¿Pero y el marido?...

—No te ocupes de eso;
él es muy tratable. Conque qué, ¿te vienes?

—¡Si te empeñas!...

—¡Ole!

—Pero no te estrañe
que atontao, por esta pesadumbre, llegue
á traslimitarme con alguna de ellas
sin saber lo que hago, porque estoy realmente
trastornao.

—No importa. Son de confianza.

—Pero, por si acaso, dilas que dispensen.

¡VIVIR PARA VER!

¡VIVIR PARA VER!

—No conozco una familia
como esa *del Pirindola*,
y hay que ver que son tóos ellos
una coleción de idiotas.
—Ya lo sé.
—Porque han juntao
seis duros en perras gordas
y han plantao en *las Américas*
un tenderete de lona
lleno de mugre, con media
docena de sillas rotas
y dos kilos de mendrugos
y un juego de cacerolas,

chavó, se traen unas ínsulas
que ni Don Rodrigo en la horca.
—¿Y á ti qué?
—Claro que nada.
—¡Pues mus!
—El que más me choca
es él.
—¿Quién?
—Luis.
—No hagas caso.
—¡Pero si hay que ser de porlan
y tener blanca la sangre
pa ver con calma estas cosas!...
Está cansao de comer
en mi casa de limosna,
como quien dice; por mí
no ha ido por ahí en pelota
muchos días; yo le he dao
albergue, dinero y ropa;
sin mí no hubiera tenido
más mujeres qne la propia,
porque á él con el sexo débil
siempre le ha faltao vis cómica;
en fin, yo he sido su hermano,

pero así, con letras gordas,
porque hasta pa que él bebiese
me lo he quitao de la boca;
pero se ha puesto de pronto
tan inflao, que si hoy se topa
conmigo cambia de acera
y se hace la cabra loca.
—¡Y á ti Prim!
—Es que además,
chico, le ha picao la mosca
de lo cursi en unos términos,
que le ofreces una copa
de Chinchón ó Valdepeñas
y se ofende y te la arroja
indiznao, porque no bebe
más que vermú y gaseosas,
y usa encendedor numático,
y se ha eliminao la roña
de los nudillos y lleva
Borsalino en vez de gorra.
En fin, un dato que basta
pa pintar á una persona:
cayó en cama la otra noche,
según me ha dicho *el Patolas*,

con un arrechucho de esos
que tié cuando se trastorna
el tiempo, y está, pa dárselas
de finolis y de *sporman*,
tomando el *seiscientos seis*
ná más que porque es la moda.
Vamos ¡te paece á ti!...
—¡Déjalo!
¡Cá uno sabe lo que toma!
—Y si él se ha subido, ¡excuso
decirte la Nicanora
con lo que es!... Toda su vida
hecha por ahí una golfa
de lo más tirao; con una
pestilencia por la boca
la que echaba, que tenías
que hablarla con zancos, y ahora
está que se le figura
que es doña Lucrecia Borgia...
—¡Déjala que esté!
—¿Y las chicas?...
Ese par de pindongonas,
que tóos hemos conocido
diendo á comer la guilopa

por los cuarteles y siendo
dos campos de maniobras
del Ejército, han sacao
los pieses de las alforjas
como su madre, y también
se las tiran de aristócratas.
—¡Déjalas que se las tiren!
—¡No puedo con ciertas cosas!
—Eso es cuestión de carázteres.
—¡Y de educación, qué diosla!
Como yo tengo este genio,
y lo mismo soy ahora
que cuando llevaba encima
veinte duros pa una broma,
me hace la santisma pascua,
por no dedir otra cosa,
ver seres que uno se piensa
que son como de su propia
familia, obrando de un modo
tan distinto de mi norma.
¿No te pasa á ti?
—¡Ca!
—Chico,
pues envidio tu pachorra.

—¡Yo soy escético, Lucas!
—¿Y eso qué es?
—Es una cosa
sinónimo de *Pucheta,*
ó explicándotelo en forma
que tú lo entiendas, escético
es el hombre ú la persona
despreocupá que se pasa
por el extrarradio todas
aquellas vecesitudes
que á ti tanto te alborotan.
¿Y sabes por qué soy eso?
Porque he visto tanta escoria
en el mundo, y he sufrido
ingratitudes tan gordas,
que me han puesto el corazón
más duro que una bigornia.
Yo también tuve un amigo
parejo *del Pirindola,*
y al igual que tú, le dí
cobijo y manducatoria,
y como pago de tóo esto
me se fué con la Melchora
y con treinta y dos pesetas

que tenía en una cómoda,
sin ponerme cuatro línias
de disculpa.
—Sé la historia.
—Yo he sido pa Canalejas
un perro de Terranova,
y le he preparao el trunfo
y me he ganao muchas tortas
por su credo..., ¡y miá el resumen!
Hoy, que mandan los demócratas,
está chupando del bote
tóo dios, y yo con mi historia
me pego así en el estómago
y hecho polvo por la boca.
Yo me he casao cuatro veces
en diez años, y de todas
las mujeres que he tenido
la mejor era una golfa,
lo cual ha sido la causa
de que á mí me se conozca
más que por el nombre propio
por un mote que abochorna.
—Lo sé.
—Tú me lo pusistes.

—¿Yo?...
—¡Tú! Y esto corrobora
que en el mundo los afeztos
son una pura bazofia.
—Dispensa; el que yo te puse
fué el otro.
—Si no me importa
tanto así. Vuelvo á decirte
que ya me ha nacido costra
en este lao y que tóo
lo miro como un utómata.
—Voy creyendo que te asiste
la razón.
—¡Es que no hay otra!
Si quieres vivir tranquilo,
come, bebe, trunfa y goza;
no te tomes berrenchines
por ná en el mundo, ni pongas
tu ilusión en las mujeres
ni tu esperanza en las obras
de la amistaz, porque el día
que te haga falta una rosca,
si la esperas de un amigo,
ya verás dónde te montas.

—Aquí; ya lo sé,
—¡Qué duda
cabe! Por eso me choca
que una nimiedáz como esa
te haiga revuelto la cólera.

BRINDIS

BRINDIS

PRONUNCIADO EN UN FAMOSO BANQUETE QUE SE CELEBRÓ Á ORILLAS DEL MANZANARES, EN HONOR DE LA «EMINENTE» DIVA CALLEJERA YUCUNDA CONDE, CONOCIDA EN EL MUNDO DEL ARTE POR »MADAME PIMENTÓN»

Ruiseñor con pelerina:
tu garganta peregrina,
cuando trina, me enajena;
es como el de la Sirena
tu canto, porque fascina.
Tiene tu voz tal imán,
que tras de los pliegues van
de tu esclavina incolora,
los que te oyen, ¡oh, canora
trovadora de mi afán!

No eres tú de esas cantantes
de estropajo y de soplillo
que se forran de brillantes
cantando cosas picantes
y moviendo el solomillo;
tú, lo grosero desdeñas,
y como tan sólo sueñas
con rendir al Arte culto,
te *empeñas*... porque no enseñas
lo que debe estar oculto.

Deja que tu mano estreche,
fenómeno de mujer,
y ¡ojalá que te aproveche
la ensalada de escabeche
que te acabas de comer!

¡VIVA MADRID!

¡VIVA MADRID!

—Cá día estoy más ufano,
más orgulloso y más hueco
por haberme dao mi madre
á la luz en este pueblo
de Madriz, ande radico,
y que me dispense el resto
de las provincias si queda
su amor propio por el suelo;
pero la verdá se impone,
Valentín. Y al decir esto,
que he manisfestao, no vayas
á figurarte que tengo
presente ni la Gran Vía,
ni la estatua de Espartero,

ni el nodoro surterráneo
que nos están costruyendo,
ni lo benizno del clima,
ecétera; me refiero
prencipalmente á la salsa
ú al estinto que tenemos
pa organizar festivales
chipén.

—Ese es mi criterio.

—¡En esta materia estamos
de non!

—Escucha, Norberto:
y tú ¿á qué lo achacas?

—Hombre...
debe ser un previlegio
que Dios nos ha dao, lo mismo
que á otros les da, por ejemplo,
los aroplanos. En fin,
un don especial.

—El hecho
inrebatible es que hoy día
pa festivales seleztos
Madriz na más.

—¡Y que no

te se olvide! Porque bueno;
que en París, un supongamos,
que están forraos de dinero,
levanten torres *Eifeles*
y sepan hacer festejos
se comprende, porque pa algo
sirve el tener elementos;
pero que aquí, como sabes,
con cuatro duros en perros,
tóo lo más, se haiga batido
el recor... ¡Es que hay que verlo,
Valentín!

—¡Y con la rémora
de que se ha pensao en menos
de ocho meses!

—¡Pues calcula
lo que pasa si podemos
prepararlo tan siquiera
con dos años más de tiempo!...
¡No cabe mejora!

—Cabe.

—No se cuála.

—Yo la veo.

—¡Miá que se ha hecho mucho!...

—Estoy
penetrao de lo que se ha hecho,
y aunque me sé de memoria
cómo están los forasteros
de entusiasmaos con el túmulo
de cosas que han visto, creo
que han faltao dos ú tres toques
pa quedar como Dios.
—Bueno;
es que hablar se habla muy fácil
también, porque yo recuerdo
perfetamente el pograma
de las fiestas, y te dejo
cortarme lo que tú elijas
si hay quien lo haga más completo.
—¡Hombre, según!
—No permito
discursión sobre este extremo;
porque ponte tú la mano
en el lateral izquierdo,
y dime concretamente
si estoy borracho ú si llevo,
sin haberme dao yo cuenta,
virutas en el celebro.

—¿Pero quién te ha rebatido?
—Es que me ataca á los nervios
el pensar que haiga quien pueda
sacarnos algún defezto.
Porque veste tú fijándote
en la lista de festejos,
y á ver ande está el maúfas
que haiga presenciao na idéntico
—¡Lo sé!
—Pa que te convenzas,
ves contando con los dedos
y suma. Primera cosa:
trenes á mitá de precio
por todas las linias...
—¡Digo!...
—¡Cállate, que hay más! Relevo
en Palacio tóos los días,
gratis pa los forasteros.
—¡Otra pequeñez!
—¡Y floja!
Verás cómo van saliendo.
—Sigue.
—Maniobras noturnas
pa jóvenes de ambos sesos

en el Botánico (un número
que ha tenido la mar de ésito),
entrá libre al Bazar X
y oción á ver los ojeztos
sin gravamen; bailes públicos,
al nivel del estranjero,
en la estación de las Pulgas,
el ventorro del Chaleco,
el campo del Tío Merege
y el muladar de Mamerto;
películas catarrales
al aire libre; concierto
cá dos horas por la banda
municipal ande menos
te lo figuras; concurso
internacional de puestos
de rosquillas, alcagüeses,
algarrobas y otros géneros
en la Pradera, con vistas
á dos ú tres cementerios
pa mayor solaz; cucañas,
fut-bul, viajes de recreo
de Sol á Cuatro Caminos
y vice, por veinte céntimos

ida y vuelta, y otros muchos
espetáculos de menos
atración, pero que ayudan,
como es, ahora que me acuerdo,
la *reprís* de *Los Madgiares*
en Apolo.
—¡Ya lo creo!
—Y aún hablabas de mejoras...
¡Hombre, por Dios, no hay derecho!
—Si estoy conforme contigo,
pero ven acá, so terco;
dí tú: ¿qué es lo que sucede
si encima de lo que se ha hecho
le añides á este pograma
un par de atraztivos de esos
escecionales que esisten,
como son, sin ir más lejos,
regatas en el Arroyo
Abroñigal, por ejemplo,
ú certamen de acordiones
ú carreras de cangrejos?
—¡Hombre... estremando las cosas,
claro que sí!
—Pues por eso

te he manifestao que cabe
mejoría.
—Estoy de acuerdo.
—¿Lo ves?
—Cuando se razona
y se sacan argumentos,
hay que *diñarla.*
—¡Qué duda!
Ahora, eso sí, te prevengo
que lo que es el año prósimo,
tomándolo con sosiego,
al pogramita que hagamos
le van á zumbar los huesos.
—¿Más?...
—¡Más! ¡Nos sobran agallas
y gusto á los madrileños
pa montarnos en Uropa
cuando haiga interés en ello!
—¡A ver si nos toman tirria
las otras naciones luego!
—No te preocupes. ¡Obrando
como lo estamos haciendo,
se dinifican los hombres
y se agigantan los pueblos!

EL PATIO TRANQUILO

EL PATIO TRANQUILO

SAINETE COMPRIMIDO

PRÓLOGO

A telón corrido.

(Personaje único: ORTIZ,
inspector de Policía
Urbana, con más galones
que el ministro de Marina.)
(Sale Ortiz, *pausadamente,*
llega hasta la batería,
se atusa los cuatro pelos
que tiene en la coronilla,
tose, adopta una actitud

gallarda y así se explica
ante el público, después
de hacer una cortesía):

Señoras y caballeros:
Como no quiero que digan
que aquí estafamos á nadie,
yo, por propia eniciativa,
salgo á decirles á ustés
la verdáz. Esta cosita
que vamos á hacer no vale
dos pesetas, y es indizna
de que la oigan y la vean
personas tan distinguidas
como ustés, aunque comprendo
que está mal que yo lo diga.
El autor la hizo antinoche
de dos patás y no tira
con ella á que le levanten,
una estatua en la Gran Vía.
Ahora, si se la levantan,
¡eso, allá ca uno! A lo que iba:
Se trata de una ligera
custión entre dos vecinas
de barrio, que no conocen

la urbanidaz ni de oídas,
y, es claro, como estas gentes
no han ido á las Orsulinas
ni tienen, como nosotros,
la educación que es debida,
pues suelen meter la pata,
llevás de su fantesía,
y emiten dichos que atañen
al padrón de la familia.
Pero, en fin, después de tóo,
¿qué persona, por muy fina
que sea, no la ha metido
alguna vez?... ¡Tonterías!
Quié decirse que, si ustés
oyen cualquier grosería
por un casual, no hagan caso
nenguno, que en esta vida
las cosas hay que tomarlas
según el que las emita,
porque, ¿es lo mismo la coz
que dé una caballería
que la que dé yo, en un razto
de acaloro? ¡Es muy destinta!
(me pacce á mí), porque siempre

hará más daño la mía.
Y ahora vamos á otra cosa,
que es bueno que tó se diga.
Toman parte en el asunto:
la Filo, una cupletista
que menea el caderamen
y baila la *danza egicia*
en los cines, con cá molla
y cá redondez que priva.
Marcos, esposo legítimo
de la anterior, se dedica
á las labores domésticas
y fué triple de capilla.
La Dioni, chula ordinaria,
pero frescachona y limpia,
que cuando se descompone
y la buscan las cosquillas,
tié una lengua que hay que usar
burlete para no oirla.
Vitor, su... conglomerao,
mixto de caballería
y de arbañil, que no ladra,
pero es porque no se estila
Un niño, fruto inocente

de un choque de simpatía
entre la Dionisia y Vítor...
en fin, ¡cosas de la vida!
Pepa, mujer de *Manolo,*
curda de primera fila,
que tiene el campeonato
de resistiencia en la pítima,
y *Ortiz* (servidor), que está,
por si ustés le necesitan,
en el *Ramo de Limpiezas*
de la Casa de la Villa.
He de azvertir, pa que luego
no tengamos tonterías
ni gaitas, si el espetáculo
se concluye de seguida,
que por mucho que estiremos
la cosa, no dura arriba
de un cuarto de hora, y que aquí
no hay farrucas ni machichas,
ni enseñan ná las señoras,
ni mueve nadie la tripa.
Ahora, si ustés nos machacan
después de dar esta ristra
de esplicaciones, qué le hemos

de hacer; ¡pacencia y saliva!
Conque beso á ustés la suya,
y á ver si pa cuatro días
que va uno á vivir nos dan
ustés en la coronilla.
¡Melitón, arriba el trapo!
Señores, hasta otra vista.

(Mutis.)

Lugar de la acción: Un patio
de vecindad. Es de día.
Al empezar el sainete
peina al CHICO la DIONISIA
y le introduce las púas
de la lendrera en la crisma.

ESCENA PRIMERA

DIONISIA y el CHICO

CHICO. ¡Ay, ay!
DION. ¡Cállate, arrastrao!
Que te he de arrancar á tiras

El pellejo pa que mires
otra vez ande te arrimas.

CHICO. ¡Ay, ay!

DION. ¡Toma, so cochino!
¡Lástima de pulmonía!

ESCENA II

DICHOS y MARCOS

MARC. *(Que viene de los Mostenses*
con un cabás modernista,
contando dinero.)
Ochenta
y treinta... ¡Muy buenos días!

DIOÑ. ¡Vaya usté con Dios!

MARC. Ochenta
y treinta de la lejía
una con diez... ¡No me sale!
¿Sabe usté, señá Dionisia,
si ha subido mi señora?

DION. Me paece que no.

MARC. ¡Qué chica!

DION. Mucho madruga.

MARC. ¡Si no

se ha acostado todavía!

DION. ¿Pero es que no duerme en casa?

MARC. Ya hace tres noches.

DION. ¡Atiza!

MARC. ¡Ese dichoso teatro
la está quitando la vida!
¡Claro está! Como ella es la única
que resulta en la taquilla,
¿sabe usté?, porque hace todo
lo que hace la *Fornarina,*
pues unas noches con otras
sale á tres piezas, y encima
la hacen ensayar después
de la función muchos días.
Así es que viene la pobre
lo que se dice molida.

DION. ¿Pero la deja usté ir sola?

MARC. ¡Cómo sola! ¡No, hija mía!
¡Qué disparate! ¿Usté crée
que ella?... ¡Ca! ¡Sí, sí; bonita
es mi mujer!... La acompaña
un abonado, bolsista,
que se ha ofrecido á ir con ella
hasta que encontremos chica.

DION. ¡Tenga usté cuidao!
MARC. ¡Quien!... ¡Nada!
¡Es persona correctísima!
¡Por Dios!... Siempre la está hablando
de la Bolsa y de las fincas
que tiene, porque es muy rico,
pero, nada: sin malicia.
DION. ¡Ya es de agradecer!
MARC. ¡Ay, sí!
Calcule usté si me quita
molestias, porque se viene
con ella todos los días.
No tardarán.
DION. Y usté aquí.
MARC. ¡A ver! ¿Quién barre y quién limpia?
Antes me echaba una mano
la criada en la cocina;
pero ahora, como también
se ha metido á cupletista,
me lo tengo que hacer todo
yo solito. En fin, vecina;
voy á hacerla el desayuno
por si viene.
DION. ¡Mariquita!...

MARC. ¿Eh?...
DION. ¡Sácate la cofaina!
MARC. ¿Cómo?...
DION. Hablaba con mi chica.
MARC. ¡Ah!... Bueno, hasta luego.
DION. Adios,
vecino. (¡Los hay con pintas!)
(Entra el amigo en su cuarto
del corredor y en seguida
sale del suyo la Pepa,
que es una chula castiza.)

ESCENA III

DIONISIA, el CHICO y PEPA

PEPA. ¡Manolo!... Adiós, seña Dioni.
¡Vamos, hombre; á ver si estiras
la asadura! ¿O vas á estarte
en la cama toá tu vida?...
¡Pero, ve usté!
DION. Mujer, déjale
que duerma la *papalina,*
que anoche creo que vino
cargao...

PEPA. ¡Maldita bebida!...
¡Míste que la trajo gorda
el ladrón!... ¡Así permita
Dios que se le vuelva dentro
cardenillo!

DION. ¡Por Dios, hija!...
Es un vicio de la sangre.

PEPA. Es una... no sé lo que iba
á decir, porque me tiene
muy harta, señá Dionisia!

DION. ¡Harta!... ¡Ya, ya!

PEPA. ¡Sí, señora!

DION. Siempre sales con la misma
relación, y en cuanto te hace
dos ú tres zalamerías
de las suyas te derrites,
igual que la mantequilla.

PEPA. ¡Sí, señora! Eso es lo que á una
la pierde, señá Dionisia;
el ser una pa los hombres
tan eso... tan...

DION. Sí; no sigas,
que aunque des con la palabra
no vas á poder decírmela.

PEPA. ¡Miá que es usté maliciosa!
DION. Vamos, anda, date prisa;
no tardes, y cuando vuelvas,
te sacuda la polilla.
PEPA. Tié usté razón. Hasta luego.
DION. Anda con Dios, hija mía.
(Vase Pepa por el foro,
y el niño de la Dionisia
berrea como un becerro,
sujetándose la tripa.)
Pero, chico, ¡qué te pasa!
¿Otra vez?... ¡Jesús, qué vida!
¿Qué has comido, condenao,
pa que estés así tóo el día?
CHICO. ¡Ay, ay!
DION. ¡Ven aquí, cebón,
y á ver si revientas!
(Tira
de él y se lo lleva á rastras,
lo mismo que las mulillas
á los pencos. Por el foro
entra un guardia á toda prisa
y llama en el bajo izquierda,
mientras dentro, la Dionisia

le pone á golpes al chico
las nalgas en carne viva.)

ESCENA IV

ORTIZ y GUARDIA

ORTIZ. *(Dentro, con voz destemplada.)*
¿Quién llama?
GUARD. Soy yo: Fariñas.
(Abren la puerta y Ortiz
sale en mangas de camisa,
con una pluma en la oreja
y en la mano unas cuartillas.)
ORTIZ. ¿Qué traes?
GUARD. El Teniente alcalde
que vaya usté de seguida
ORTIZ. ¡Quién! ¿Yo?...
GUARD. Sí, señor.
ORTIZ. ¡Rediezla!
¡Pues me echa una lavativa!
GUARD. ¿Por qué?
ORTIZ. Porque estoy haciendo
un *melódrama* á toá prisa

pa Barbieri, y no me falta
más que darle la puntilla.

GUARD. ¿Pero usté también escribe
comedias?

ORTIZ. ¡A ver qué vida!

GUARD. ¿Pero usté?...

ORTIZ. Sí, hombre. ¿Qué pasa?
Ya te daré una entradita
pa el estreno.

GUARD. ¡Anda diez!

ORTIZ. Veste,
que yo voy pa allá en seguida.

GUARD. ¡Este escribiendo!... ¡Señores,
cómo está el arte hoy en día!

ESCENA V

FILO, CABALLERO, y en seguida, DIONI y el CHICO

FILO. *(Despidiéndose en el foro*
del caballero bolsista
que, por descansar á Marcos,
la sirve de compañía.)
¡Adiós!... ¡Vete!

CAB. Hasta la noche.
FILO. No faltes.
CAB. ¡Adiós, mi vida!
(Vase el galán. Filo sube
la escalera de puntillas,
mientras reanuda el expurgo
del chiquillo la Dionisia,
y al acercarse á su cuarto,
da un grito y se pone lívida
por algo que ve en el suelo
que la remueve y la indigna.)
FILO. ¡¡Uf!!... ¿Pero qué redemonios
ha pasao aquí? ¡Maldita
siá la casa y el que la hizo!
¡Oiga usté, señá Dionisia!
DION. ¿Que se le ha roto á usté?
FILO. Nada.
Advertirle á usté que el día
que al niño vuelva á ocurrírsele
hacer chistes aquí arriba,
le va á quedar la fragancia
pa tóo el mes.
DION. ¡Jai, jai, qué risa!
FILO. ¡Tan poca vergüenza tiene

la madre como la cría!

DION. ¡No se enfade usté, *señora!*

FILO. ¡Qué asco de niño!

DION. Pero, hija,
¿es que quié usté que le amarre
del pescuezo una tomiza
y que le saque al arroyo
lo mismo que á una perrita
de lanas?... ¡Pues no ha cambiao
que digamos, su ilustrisma
desde que dejó los zorros
pa meterse á sicalítica!

FILO. ¡Vaya usté de ahí, so ordinaria!

DION. ¡Adiós... la *señora* fina!...

ESCENA VI

DICHAS y MANOLO

MAN. *(Asomándose á la puerta en paños menores.)*
¡Niñas!
¿Me hacen ustés el osequio
de entornarse las boquitas

pa ver si puedo coger
el sueño?

FILO. La papalina,
será lo que pué que coja
usté, como tóos los días.

MAN. Ca uno coge lo que puede,
como usté sabe.

DION. ¡Ahí le pica!

FILO. ¿Qué quié usté decir?

MAN. Yo, nada.
¡Muy buenos!

FILO. ¡Qué porquería
de gentuza!

DION. Buen remedio:
tome usté la Equitativa,
y así estará usté más ancha
y más ventilá, *querida.*

FILO. No puedo. Estoy esperando
que construyan la Gran Vía
pa alquilar un entresuelo
de tóo lujo

DION. ¿Es usté rica?

FILO. Con lo que tengo en el Monte,
me sobra.

DION. ¿A ver la cartilla?
MARC. *(Saliendo.)* ¡Oiga usté!...
FILO. ¡Cuidao!
(Mostrándole la reliquia
que hay en el suelo.)
MARC. ¡Jesús!
¡Qué atrocidad!...
DION. Más valía
que en lugar de ir por las noches
á cantar las porquerías
que canta usté, y á encitar
á los hijos de familia
moviendo el mondongo, mientras
está fregando ese lila,
lavase usté los guiñapos
que saca ahí pa que se ría
la vecindaz.
VÍCT. *(En la puerta.)*
¡A casa!
DION. No quiero.
FILO. ¡Ay, hija!
¡Quisiera usté mis guiñapos
pa ponérselos el día
del *Corpus* y darse tono

de persona destinguida!

DION. ¿Tié usté por ahí unas gafas?

FILO. ¿Ahumás ú de roca antigua?
Porque yo las gasto oscuras
pa que el sol no tenga envidia
de estos ojos.

DION. ¡Ay, qué lástima!

FILO. Pero si se nesecitan
de aumentó, pongo por caso,
se buscan.

DION. No corre prisa.
Eran pa que viera usté unos
bajos como no se estilan
en la casa; sobre todo
en los cuartos de ahí arriba.

FILO. ¡Ay, á verlos!

MARC. Mujer, déjala,
que ahora está de cacería
y vas á espantarle alguna
pieza mayor.

DION. ¡Miá qué rica!

VÍCT. ¡Oiga usté, so cabezota!

MARC. ¿Es á mí?

VÍCT. ¡A usté, mi vida!

¿Se pué saber quién ha sido
el alma caritativa
que le ha dao á usté la vela
pa este entierro?

DION. ¡Vete!

VÍCT. ¡Quita!

MARC. ¡A mí no me ha dado nadie vela!

FILO. Ni la nesecita,
porque él la tiene á toas horas.

MARC. ¡Eso!

DION. ¡Ya lo presumía!

VÍCT. Cuando dos mujeres riñen,
es decir, cuando porfían
esta dama de aquí abajo
y esa golfa de ahí arriba,
usté se guarda la lengua
y se mete en la cocina
á ver si hay que fregar algo,
¡so animal!

CHICO. ¡Padre!

MARC. ¡Qué risa!...
Oye: le ha llamado padre;
¿ves qué chico tan bromista?

(Víctor trata de subir,
en actitud agresiva,
y su mujer le contiene
para evitarle una ruina.)

VÍCT. ¡Baje usté aquí!
CHICO. ¡Padre!
DION. ¡Vítor!
FILO. ¡So... siéguele usté, vecina!
DION. ¡Entrate!
VÍCT. ¡No tié él la culpa!
MARC. La tiene el que se denigra
discutiendo con pelambres.
DION. ¿Y usté, qué es?
VICT. Calla, Donisia;
que lo que él es, ya estás harta
de oirlo decir tóos los días.
MARC. ¡Repítalo usté!
VICT. No quiero,
que hay niños,
FILO. ¡Golfo!
DION. ¡Gallina
FILO. ¡Déjame!
DION. ¡Maldita siá!
MARC. ¡Ven acá!

VICT. ¡No subas!
DION. ¡Quita!

ESCENA VII

DICHOS y ORTIZ

ORTIZ. *(Que entra como se le hubieran*
llamado con campanillas
cuando los nervios estallan
y los golpes se avecinan).
¡¡Alto!!... ¿Qué escándalo es éste?
¡Señores! ¡Que no se diga
que cuatro personas serias
y bien edueás y diznas,
por un quítame esas pajas,
pierden su buena armonía!
Ea; ca cual á su cuarto,
y que no haiga más rencillas!
VICT. ¡¡Puaf!!...
FILO. ¡¡Burro!!
ORTIZ. ¡Vamos pa adentro!
MARC. No te arrebates, vidita,
y entra á descansar un rato,
que habrás venido rendida.

FILO. Anda, saca la bayeta.
MARC. ¡Eso es lo que me fastidia!

(Entre unos y otros se cruzan
miradas torvas, que indican
que el asunto no ha tenido
solución definitiva;
escupe Marcos á Víctor,
y al recibir la saliva,
éste, sin hablar, contesta
de una manera expresiva;
pero cumpliendo el mandato
de Ortiz, todo se termina
por el pronto, haciendo mutis
en direcciones distintas,
la Filo con su consorte,
y Víctor con su costilla.
Entonces el inspector,
volviéndose á las vecinas,
que al olor de los azotes,
salen lo mismo que hormigas,
dice con voz campanuda
y en actitud tribunicia):
¡Comprímase aquel que tenga

genio fuerte y sangre viva,
y miren qué fácilmente,
si no es por mi voz amiga,
se ven dos hombres perdidos
y dos mujeres perdidas!

TELÓN

TODO POR LA IDEA

TODO POR LA IDEA

—¡Pero, hombre, vente á razones!
—¡Es inútil tóo lo que hables!
La acción que tú has cometido
teniendo los ideales
de la izquierda, se merece
que si el partido lo sabe
te eche á patás de su seno,
porque esas cosas no se hacen.
—¡Hombre!...
—¡No hay hombre que valga!
¿Te paece á ti razonable
que, traicionando al partido
republicano y ciscándote
en el dozma (disimula

si es algo cruda la frase),
haigas tenido el cinismo
de ir al cerro de los Angeles
con los neos, en lugar
de hacerles el *bueycotage?*
—¡El hambre es muy negra, Dimas!
—Ya sé que es muy negra el hambre,
porque la he pasao cien veces
más gorda que tú, si cabe;
pero el honor está encima
del estómago y no valen
surtefugios, porque el dedo
ya hay pocos que se lo mamen.
¿No hubiera sido más propio,
más decente y más laudable,
haber ido con los cólegas
de tu matiz por la calle,
metiéndote con los curas
pa probar que aún hay coraje
en el pueblo? ¿De qué sirve
que los jefes prencipales
cospiren por la República
y estén hechos unos mártires,
si tú y otros indecentes

no le secundáis sus planes?
¿Quiés decir qué adelantamos
con que nuestros concejales
haigan metido las cosas
del Concejo por el cauce
de la reztituz, á fuerza
de cevismo y de carázter,
cuando el que ha de darles alas
les merma sus facultades?
¿Cómo vamos á quejarnos
de que la *ola negra* avance
si está minao el partido
de póstatas y farsantes
como tú?
—¿Qué?
—¡Na mas
—¡Eso
no me lo dice á mí nadie!
¡Yo soy más republicano
que Dios y que don Melquiades,
con serlo mucho, y daría
la última gota de sangre
de mis venas, por mechar
un obispo y por cargarme

media docena de monjas
ca ocho días! ¡¡Yo; Miñambres!!
Pero el hombre no depende
de su voluntáz y hay trances
en la vida que te ponen
á parir.
—¡Pue ser!
—¿Tú sabes
mi situación la antevíspera
del *apleche* de Getafe?
—No.
—Bueno; pues porque echaron
de la obra de Cañizares
al *Zurdo*, que es un gandul
y un sinvergüenza muy grande,
la Direztiva del gremio,
por espíritu de clase
ditó el paro, porque aquí
cuando hay conflitos sociales
no sabemos darles cara
na más que martirizándose
los intestinos. De modo
que hará tres meses el martes
que en mi casa no se enciende

la hornilla, que á los chavales
se les están osidando
poco á poco los molares,
y que á estas horas no tengo
ni sillas donde sentarme,
porque llevo, como ves,
un trapo atrás y otro alante.
—Sigue.
—En estas circustancias
vino á verme cierta tarde
la mujer de mi casero,
y después de recordarme
que tengo una longaniza
de alquileres en el aire,
vá y me pega un cachetito
en la miajilla y mirándome
de cierto modo, se arranca
y me dice así:—*Miñambres:*
¿quié usté ganarse dos duros
y una tortilla?—¡Puñales!
(dije yo) *¡Pues ya lo creo!*
¿Qué hay que hacer?—Ir á Getafe
de pelegrino.—¿Yo?—¡Claro!
—¿Y á qué?—A orar.—¡Anda mi madre!

Le azvierto á usté que yo soy
de Lerroux.—Eso no le hace.
La cuestión es engrosar
aquello, pa que se rasque
Canalejas.—Por ser cosa
de usté, iré.—¡Dios se lo pague!
Pues esté usté en la estación
á las diez, que es cuando salen
los de San Justo, y allí
le entregarán á usté un pase
de tercera, la tortilla
(pídala usté de las grandes),
la bendición y un lacito
que debe usté colocarse
en el ojal.—Bueno, sí;
pero ¿y los dos machacantes?
—Esos se darán después
que la ceremonia acabe,
porque van muchos granujas
y no puede uno fiarse.
En resumen, pa no ser
pesao: que llegué á Getafe;
subí entre varios pendones
al cerrillo de los Angeles;

cantemos unas folías;
me apoquinaron los *jambes,*
trabé amistaz en el Cerro
con una gachí de *¡Agárrate*
que vuelven!, que iba también
á engruesar la cosa, ¡y pásmate!
simpaticemos de un modo
que á la hora del piscolabis
me propuso que juntásemos
lo de los dos; yo, galante,
la dí gusto; nos bajemos
por aquellos andurriales;
improvisemos al lao
de una viña el *restaurante*
y nos dimos un banquete
que ríete tú de Lhardy.
Resultao inrebatible
de la escursión: que me traje
diez pesetas pa comer
cuatro días á diez reales;
que la mujer del casero
se ha comprometido á darme
de su *motu* la primera
portería que le vaque,

y que la gachí de marras,
queriendo manifestarme
su gratituz, me ha asiznao
siete cincuenta mensuales
de pensión, con la promesa
de subírmela si hay margen.
¿Y es esto pa que te pongas,
como te has puesto endenantes,
hecho un toro y pa que me haigas
llamao póstata y farsante?...
¿Habrá alguno en el partido
que, teniendo dos adarmes
de sentido común, diga
que mi acción es repuznante?
¿O es que el ser republicano
me va á privar de buscarme
con decoro dos pesetas
pa un indecente potaje?
¡Hombre, no hay derecho!
—¡Así,
tiés razón!
—¡Qué duda cabe!
. . . . . .
. . . . . .

—Oye una cosa.
—Qué.
—Tú,
después de lo de Getafe,
¿cómo estás con tu casera?
—¿Yo? ¡Como los propios ángeles!
—¿Y dices que son dos duros?
—¡Eso sin contar los gajes!
—Pues hombre, voy á pedirte
un favor.
—¿Cuálo?
—Que la hables
por mí, si organizan otra
cuchipanda de esa clase.
—Ningún trabajo me cuesta,
pero he de manifestarte
que pa la otra son ya muchos
los que quieren contratarse,
y que, en su vista, han bajao
la tara á catorce reales.
—¡Buenos son! Menos producen
las nuestras, que son de gratis.

AL MAESTRO VEGA

AL MAESTRO VEGA [1]

(MI PADRE ESPIRITUAL)

Cantor egregio de los Madriles,
pintòr sublime del pueblo bajo:
perdón si turba tu paz solemne
la voz plebeya de un pobre bardo,
que no sabiendo pulsar la lira
tañe las cuerdas de un mal guitarro.
Hoy se congregan para cantarte
doctos varones, hombres preclaros
que al propio tiempo que honor te rinden
de honor se cubren, y pues que al acto
de tu homenaje, sin merecerlo,

(1) Composición leída en el Ateneo de Madrid, en homenaje al insigne sainetero D. Ricardo de la Vega.

ara honra mía vime invitado,
si otros te cantan con arpas de oro,
yo, á mi manera, también te canto.
Entone himnos á tu grandeza
quien tenga arrestos para entonarlos;
yo, padre mío, tan sólo puedo
decirte cosas de gusto amargo,
porque hoy mi musa cascabelera,
que también sabe sentir á ratos,
á verme vino, de luto el alma,
tristes los ojos y mudo el labio.
Llora mi musa, porque, al recuerdo
de este homenaje, mira al pasado
y ve el tesoro de tus sainetes,
que son orgullo del arte patrio,
envuelto en nubes de indiferencia,
de ingratitudes y desengaños.
Llora mi musa, porque ya sabe
que, aunque vergüenza da confesarlo,
murió el sainete castizo y neto
la tarde misma que te enterraron.
Llora mi musa viendo á Talía,
que, á la rebata su honor tirando,
con mercachifles y con jayanes

vive en perpetuo concubinato.

. . . . . .

Por el decoro de nuestra escena,
con noble esfuerzo, digno de lauros,
luchan algunos; pocos, ¡muy pocos!
(me sobran dedos para contarlos);
mas con ser ellos bravos y fuertes
por sus prestigios y por su rango,
temo que al choque con la morralla
rendidos queden y avergonzados,
que hoy es el Arte sanchopancista,
y ahora el que escribe para el teatro
sólo endereza sus ideales
á ver si cobra más que Fulano,
y, atento al logro de las pesetas,
confía el triunfo de sus garbanzos
al molinete de alguna golfa
ó á las piruetas de algún payaso.

. . . . . , ...

Murió el sainete porque, sin duda,
los que pusieron en él antaño
las lozanías de sus amores
y el fuego virgen de su entusiasmo
volar quisieron á las alturas

en plena gloria, y allí olvidaron
la risa franca de los humildes
por la lisonja de guante blanco.
Bien los conozco (te estoy oyendo),
y es cosa triste que esos ingratos,
por servir gustos de gente frívola,
sólo me dejen con mis quebrantos;
mas ¿por ventura no hay más autores?
¡Ay, sí, maestro!... ¡Vienen á carros!
¿Es que no escribe la gente nueva?
¡Sí, padre mío; más que el Tostado!
Jamás la fiebre de escribir obras
tuvo en España nivel tan alto,
que haciendo copias de las ajenas
no dan algunos paz á la mano,
porque las gentes, desde que saben
que no hay presidios en el Parnaso,
como el del cuento, las roban hechas,
ya que inventarlas cuesta trabajo.
Nunca como ahora tuvo Talía
con sus galanes goces tan varios,
ni hubo fregona de ventorrillo
que más danzara de mano en mano,
porque en los tiempos de garrotines

y de operetas que atravesamos,
brotan autores entre los guijos,
hay veinte *cines* en cada barrio,
suple al ingenio la desvergüenza,
y en lucha loca por los ochavos,
entre erotismos de bajo vuelo
y melodramas patibularios
y revistitas que ya eran viejas
cuando reinaba Felipe Cuarto,
han convertido nuestros beocios
en vertederos los escenarios.
Y aquí termino. Perdón, maestro,
si este romance deslavazado
turbó un momento tu paz solemne
con las tristezas de su relato;
perdón á todos si mis palabras
rudas y torpes os lastimaron,
y al enjuiciarme tened en cuenta
que son palabras de un pobre bardo
que, no sabiendo pulsar la lira,
tañe las cuerdas de un mal guitarro.

—

Damas ilustres: á vuestras plantas.
Nobles amigos: besoos las manos.

TAL PARA CUAL

TAL PARA CUAL

—A ti van á darte un día
dos palos en la cabeza,
y ¡ojalá Dios que te la abran,
á ver si al fin escarmientas!
—¿Por qué lo dices?
—Lo digo
porque posées una lengua
que debían de picártela
pa hacer morcilla perrera.
—¿Yo?
—¡Tú!
—¡Muchas gracias!
—No
se merecen, porque en esta

manifestación que me oyes
no hay más que justicia seca.
—¡Anda éste!... ¿Pero yo qué hago?
¡Paece mentira que tengas
el tupé de dirigirme
intrepelaciones de esas!
¿Que qué haces? Pues no haces mas
que difamar, á sabiendas
de que mientes, y quitarle
á Dios padre la pelleja.
Mujer que tenga el capricho,
la desgracia ú lo que sea
de azmitir tu compañía
por sitios ande sos vean,
ya puede meterse á *oblata*
ú marcharse á Suz América,
porque si te oyen á ti,
¡cualquiera carga con ella!
Secreto que te confíe
cualquier amigo en reserva,
¡ni *Los Tiroleses!* Antes
de diez minutos se entera
tóo dios de lo que has oído
y de algo más que tú agregas.

Si una moza te promete
tal ó cual condescendencia
pa más alante, lo dices
buscando unas triquiñuelas
que te lo dan por comido
sin olerlo tan siquiera.
Quiere decirse que el día
que tú pongas una agencia
de publicidaz y dejes
de afeitar por las afueras
vas á ganar más millones,
que pelos tiés en las cejas.
—¡Atiza!
—¿Que no? Reciente
tiés el caso de la Aurelia:
la pobre mujer estaba
pa casarse en toda regla,
y desde el día que tú
sacastes á la vergüenza
ciertas cosas de la chica
que la ponen en videncia,
resulta que no hay un hombre
que la hable, como no sea
de asuntos que están en puzna

Univ. of Ariz

con la Santa Madre Iglesia.
—¡Caray!... ¿Si resultará
que le he cortao la carrera
á la infeliz?...
—No te *chufles*
ni salgas por peteneras,
Venancio, porque aunque sé
que no es la *casta Josefa,*
realmente, y aunque me costa
que si no fuese por ella
y por otras de su misma
costitución, á estas fechas
el destrito de la Inclusa
hubiese cambiao de lema,
no hay derecho pa que tú,
que paeces un sacamuelas,
pregones por ahí las macas
de una mujer indefensa,
másime más cuando tóos
sabemos de ciencia cierta
que ni te va ni te viene.
—Bueno; pues pa que tú veas,
¡sí me viene! Y sí me viene,
porque el novio de la Aurelia

es primo mío, y un miembro
de mi familia no lleva,
como yo esté en el intríngulis.
madroños en la cabeza.
—Está bien. En este caso
disculpo tu ligereza;
pero ¿y lo mío?... Lo mío
es una mala vergüenza
que no tié nombre, mediando
las circustancias que median:
el miércoles por la tarde
te pedí cuatro pesetas
pa un compromiso de faldas,
que sabes que era de urgencia,
y encima de que salistes
del paso con una treinta...
—¡Dos diez!
—¡Es igual! Y encima
de darme aquella miseria,
como digo, ya lo saben
hasta los niños de teta,
porque tú te has encargao
de correr por ahí la especia.
¿Es esto de hombres?... ¿Mereces

alternar con gente seria?...
¿No eres dizno de que te hinchen
las narices por boceras?
Bueno que uno se aproveche
del mundo tóo lo que pueda,
y que le dé gusto al cuerpo,
y que acapare las hembras,
porque á lo mejor la *diñas*
y al que se muere le entierran;
pero aquel que es caballero
y sabe obrar con decencia,
procura guardar las formas
y hacerse un ñudo en la lengua.
¿Habré tenido yo enredos
desde que vine á la tierra?...
¡¡Dos mil!! ¿Habré malograo
matrimonios?... ¡¡A docenas!!
¿Pasarán hombres hoy día
por calles y por prazuelas
junto á mí sin maliciarse
que fuí yo?... ¡Más de un cincuenta
por ciento de los iscritos
en el Censo! No te quepa
duda, Venancio. Pues bien;

¡á ver si hay uno que pueda
mencionar un trapicheo
de los míos!
—¡Ni siquiera!...
—¡Ya se ve que no!
—Lo tuyo
con Paca *la de las greñas*
¡no lo supo nadie!...
—Aquello,
si se supo fué porque ella
se lo dijo á las amigas
pa lucirse.
—¡Como quieras!
Y lo del medicamento
que le distes á la Usebia
de incónito, ¡ni las moscas!...
—Porque lo contó la Prensa.
¡Miá ahora tú éste! ¡Pues menuda
zambra se armó!...
—Y la sospresa
del marido de la Otilia,
cuando te rompió la pierna,
¡sonó poco!...
—Pero, bueno,

y eso, ¿qué?
—No le des vueltas;
tú has tenido en este mundo,
tóo lo más, media docena
de líos, aunque presumas
de tacón; pero te arreglas
de un modo, con tóo tu tazto,
tu mutismo y tu decencia,
que hasta el Colegio de Ciegos
y Sordo-mudos se entera.
—Eso es desgracia.
—¿Desgracia?...
¡¡Satisfación!!
—No lo creas.
—¡Dí que eres un jesuíta,
y á otra cosa! ¡Pues apenas
distingo yo de colores
pa tragarme tus comedias!
Las cosas de las mujeres
son de tal naturaleza,
que el pedirle á uno sigilo
es pedirle al olmo peras;
porque en el amor no esiste
mas que una verdáz, y es ésta:

cuando una moza de mérito
te hinotiza y te subleva,
y después de achicharrarte
se rinde á tus esigencias,
por mucho que te comprimas
y por muy formal que seas,
más que con el hecho en sí,
disfrutas conque se sepa.
¿Voy mal?
—¡Hombre, yo!...
—En redondo,
di tú lo que te parezca.
—Algo hay de verdáz, Venancio.
—¡¡Como que es la salsa, Esteban!!...

Á UN RUFIÁN

Á UN RUFIÁN

No eres tú, chulapo ruin,
pinturero y farfantón,
el hijo de mis Madriles
ni el chulo que canto yo,
que aunque madrileños ambos
y aunque de igual exterior,
tenéis, porque á Dios le plugo,
distinta la filiación.
No fía el mío á la faca
los éxitos del amor,
ni tunde el cuerpo á las hembras,
ni hace oficios de *macró;*
no usa el mío, como tú,
pantalones de farol

ceñidos por los ijares
y rellenos de algodón,
para fingir robusteces
que tu padre te negó,
ni subasta la figura,
ni blasfema por *sport*,
ni es guapo de merendero
ni es vago de profesión.
El madrileño castizo
es noble y trabajador,
gracioso sin petulancia,
valiente sin presunción,
y agareno con sus hembras,
que en las cosas del amor
el chulo neto no admite
ni dá colaboración.
Porque viste en Maravillas
por primera vez el sol,
de Malasaña te juzgas
legítimo sucesor;
mas si el ínclito chispero,
por un milagro de Dios,
tornara á la vida y viera
tu facha y tu condición,

moriríase cien veces
de coraje y de rubor
al sospechar qne pudieran
confundiros á los dos.
No eres chulo porque digas
en tu rufianesco *argot*,
sipi, nopi, ninchi, furcio,
naturaca y *la diñó,*
ni porque en el cuello luzcas,
de tu empuje y tu valor
como limpia ejecutoria,
ese innoble costurón,
que aunque tú achacas á Marte,
para darte más charol,
dicen, los que están en autos,
que en aquella operación
fué Venus la cortadora
y Mercurio el zurcidor.
¿De qué tarasca naciste?
¿Qué bellaco te engendró?
¿Qué académico de la hampa
sirvióte de preceptor
para que los tres hicieran
de tu ruin caparazón

el sinvergüenza más grande
que en el mundo se crió?...
. . . . . .
. . . . . .
Ya sé que tú y otros tales
á la clara luz del sol
del Madrid de mis amores
reyes y señores sois;
ya sé que, para ignominia
de la civilización,
no ha habido quien os anule
por desidia ó por temor;
mas yo os juro, con la mano
puesta sobre el corazón,
que si fuera, quince días
siquiera, gobernador,
no iba á quedar ni memoria
del cura que os bautizó.

¡HAY QUE VIVIR!

¡HAY QUE VIVIR!

—¿Tú en qué partido militas?
—Chico, si te he de ser franco,
no tengo matiz ninguno.
—¿Pues no eras republicano?
—De Pi; pero me ha venido
le reflexión con los años,
y he visto tantos farsantes
y estoy tan desengañao
de tóos ellos, que hoy en día,
por mi salú te declaro
que lo mismo me dá Azcárate
que Maura y que Don Dalmacio.
—¿Y Lerroux también?
—Lerroux
y Moret y el ¡Padre Santo!

—No lo creo.
—¡Que me muera
de repente si te engaño!
—Eso es, dicho así en escueto,
pa pensar que eres un piazo
de nogal, porque tóo el mundo,
desde el más chico al más alto,
debe tener una idea
y debe soñar con algo.
—Te contestaré en seguida:
las ideas las acato,
pero los hombres políticos...
¡el mejor pa degollarlo!
—¡Qué bruto!
—¡Lo que te cuento!
—¡Miá que vienes sanguinario!
—¡Natural! Pero, so primo,
¿tú me crées á mí tan sándio
que me voy á dir detrás
de esa colección de vagos?
—¡Hombre... me paece algo fuerte!
—Bueno; pues no me retrato.
Hoy cá quisque va á lo suyo,
y el que tié más desparpajo

pa mentir es el que trunfa
y el que se lleva los cuartos.
—Habrá de tóo.
¿Tú te piensas
que en este siglo que estamos
le importa á ninguno de ellos
el bien de España ni un rábano?
¡Que se la aten aquí!
—¡Tú
has bebido y te ha hecho daño!
—¡Si nos lo dice la práctica,
señor!... Cuando están lampando
por subir, tóos son lo mismo:
mucho de querer salvarnos
y mucho de atar los perros
con longaniza, y estamos
cá vez más hechos la cusca,
y Dios no encuentra trabajo,
y hoy día tiés que coger
las roscas con aeroplano,
y no ves más que conventos,
y se han puesto los garbanzos
de una forma que te cuestan
más que si comieras záfiros,

—¿De modo que tú no tiés
ilusiones?
—¡Pero, Paco!...
¿Qué ilusión quiés que me ispire,
á mi edaz el mamarracho,
que pide pa desayuno
filetes de cura párroco,
y cuando llega á su casa
con un poco de retraso
le machaca su señora
las costillas á estacazos?...
¿Qué quiés que haga cuando veo
que andan por ahí pedricando
moralidáz en los mítines,
con tóo su santismo cuajo,
un montón de sinvergüenzas
que van sueltos de milagro?
¿No he de tronzarme de risa
si conozco ciudadanos
que hace ná como quien dice,
andaban por ahí pisando
con el contrafuerte, y ahora
tienen por resmas los *pápiros?*
—Yo confío en Canalejas.

—Ese ahora está prencipiando
y dicen que se trae cosas
y que vá á armar un serrallo;
pero dentro de dos meses
verás cómo tóo eso es flato.
—Es decir, que en asoluto
tú no eres na, Vespurciano.
—¡Hombre, sí!... No reconozgo
ni jefaturas ni mandos
de nenguno, pero yo,
como ser, soy libertario.
—¿Tú?...
—¡Servidor! ¡Y me tomo,
pa que trunfen los de abajo,
cuatro tiros con mi padre!
Porque entérate bien, Paco:
¡lo único que hay en el mundo
dizno de apoyo y de amparo,
es el que se amasa el pan
con el sudor de sus manos!
—Bueno, y tú, con esas másimas,
¿por qué andas por ahí de vago?
—¡Será porque puedo!
—Fincas

no posées
—En eso estamos.
—Pues no me lo explico entonces.
—Pues hombre, voy á explicártelo.
—A ver.
—Mira: yo he resuelto
el poblema del garbanzo
sin trabajar, de una forma
que ha de merecer tu aplauso.
—¿Cuála?
—Verás, dos pesetas
que le rinde á mi muchacho
el *Pombia*, son ocho riales,
¿no?
—Sí, señor.
—Otros tantos
que le saca la Raimunda
por la mañana á los rábanos
y á la Prensa por la noche,
suman deciséis.
—Esazto.
—Agrégale, de unos días
con otros, un duro largo
que se agencia mi muchacha,

la mediana, con el tráfico
de los décimos, las flores
y algún que otro extraordinario,
y tóo esto me arroja un líquido
de dos duros, con los cualos,
aunque no haiga pa tener
cuenta corriente en el Banco,
puedo vivir, á Dios gracias,
sin pedirle á nadie un cuarto
y sin esponerme á hacer
piruetas en un andamio.
—¡No está mal!
—Las atenciones
nuestras, á vista de pájaro,
se enjugan con la mitáz,
y sobra; porque hazte cargo:
al chico mayor le tengo
en los Asilos del Pardo
de huéspede; el que le sigue
se pasa cuasi tóo el año
de quincena; la comida
nos la dan los Escolapios,
porque mi mujer les haga
la limpieza tóos los sábados,

y la chica, por su parte,
no nos grava ni en un chavo,
porque como es una pólvora
y le ha dao Dios ese trato
que dice que sí á tóo Cristo,
siempre la están osequiando.
De modo que pué decirse
realmente que nuestros gastos
son: decisiete cincuenta
de arquiler del sotabanco;
una de cuarenta y cinco
que me compran á diario,
con su caja de cocina
y un librillo del *Galápago;*
cinco duros cá semana
que me asizno, por si acaso
se tercia echar unas copas
ó hay que ir á ver al *Machaco*,
y mi endumentaria, que es
un par de trajes al año,
porque como quié la chica
que vaya de vez en cuando
con ella por ahí, pues siempre
conviene vestir con algo

de polcrituz, pa que vean
que su padre no es un guarro.
—¡Valiente vida!
—Te azvierto
que yo no me estoy tocando
las narices, como puede
que sos penséis más de cuatro,
porque entre llevar la cuenta
de los cobros y los gastos,
y aconsejar á la chica,
y enseñarla ratimagos
pa que no la den un mico
y se la lleven los cuartos
del negocio, mi par de horas
no me las quita ni el gallo.
—Sí que abusarán algunos
de ella.
—¡No hay quién, Vespurciano!
—¡Hombre, por Dios!
—¡Tú que sabes!
¿La ves que paece un retaco
de menuda? Pues la pones
cuatro ceviles y un cabo,
y se las mantiene tiesas

con tóos, porque es un jabato
de valiente. En fin, su madre,
calcá desde arriba abajo.
—¡También tendrá que moverse
la pobre chica!
—¡Hazte cargo!...
Como que muchismas noches
la ocurre que del cansancio
toma un *simón* pa ir á casa
porque no pué con el rabo.
—Está en la edaz.
—¡Chico, yo
es la reflesión que me hago!
Y ahora dí si merecía
que me engancharan de un carro,
después de esto, si siguiera
calentándome los cascos,
como antes, pa mal comer
cuatro porquerías.
—¡Claro!
—¿Tengo ó no razón?
—¡Qué duda!
¡Eres un tío!
—No; práctico

más que otra cosa. Después
de tóo, si lo ves despacio,
paece un mundo y es el huevo
de Colón.
—¡Qué zumba, Paco!
—Haz tú lo mismo.
—Quisiera,
pero hay un pequeño ostáculo.
—¿Cuál?
—Que yo no tengo chicas.
—Es verdáz, que tóos son machos.
—Y los varones, por mucho
que se espabilen...
—¡Ah, claro!
Cero al cociente. Los chicos,
su jornal y pára el carro.
—¡Pa ti es el mundo!
—¡Figúrate,
con tres personas ganándolo
en casa, si aquí estuviera
retribuído el trabajo...
—¡Una tontería!
—¡Dime,
quién iba á meterme mano!

EL VICIO NACIONAL

EL VICIO NACIONAL

—¡El primero que me azuce
pa jugar con él dos céntimos
á la lotería, no hace
otra digestión á tiempo!
—No te enfades.
—¡Hombre, si es
que me ataco de los nervios!
¡Miá que decisiete números
sin coger un mal rintegro!...
¡Hay que ver! ¡Permita Dios
que reviente tóo el gobierno,
desde el mismo Romanones
hasta el último portero!
—¿Llevabas mucho?

—¡Una flima!...
Pon cinco duros y medio,
sólo por mi lao, y agrega
tres ó cuatro por lo menos,
de mi mujer, entre picos
de aquí y de allá.
—La Remedios,
he notao que no se queda
sin probar ningún sorteo.
—Toma, como que ella ha sido
la que me ha metido en estos
fregaos, que si no ¡de dónde
me iba á ver yo con mi sueldo
gastando armilla de rede
con el frío que está haciendo!
—¡Mal sos dá!
—Yo entodavía
suelo picar uno ú medio
de tarde en tarde, ¿pero ella?...
Digo, tú debes saberlo,
porque contigo también
ha jugao, si no padezco
un error, algunas veces.
—De dos sí que me recuerdo.

—¿Y qué sacasteis?
—Un chico
de tres pesetas el décimo.
Total, seis duros.
—¡Ah!... ¿Sí?
¡Pues se ha guardao el dinero!
—Fué cuando estaba soltera.
—¡Ah, vamos!
—Chico, y te azvierto
que ahora no sé; pero entonces
tenía una mano pa eso,
que al que jugaba con ella
le tocaba algo.
—Lo creo
porque tú me lo aseguras,
y tú eres un hombre sério,
pero en tres años y meses
que hace ya que nos casemos,
la estoy oservando el sino,
día por día, y me apuesto
á que entre cien mil mujeres
no hay quien lo tenga más negro.
—¡Qué pesimista eres!
—Hombre,

á los resultaos me atengo:
á mí me costa, ¡figúrate!
que ella ha jugao con quinientos
á escondidas, porque sabe
que soy refraztario al juego,
y sin embargo, á estas fechas,
aunque digas que esagero,
está por el primer duro
que yo le haiga visto el pelo.
¿Es mala pata?...
—Y, no ostante,
tu casa es un jubileo
tóo el santo día.
—Ya ves.
Chico, es lo que no comprendo:
¡ó la humanidáz es loca
ó yo estoy como un cencerro!
—Aberraciones.
—En fin;
pa probar hasta qué estremo
se piensan que mi mujer
tié la suerte entre los dedos,
voy á contarte una cosa
que vas á decir que miento.

Salí yo tras de antinoche
de casa, con el ojeto
de echarle unas carambolas
á Paco *el de los Camelos,*
en San Millán, y al marcharme
la dije:—*Mira, Remedios:*
acuéstate y no me esperes,
que pué que tarde.—*Me alegro,*
(me dijo ella) *porque no*
me puedo lamer de sueño.
Conque me fuí pián pianito
pa el billar y, con efeto,
al verme entrar por la puerta,
Paco, que se cree lo menos
un fenómeno y que sabes
lo bruto y lo pinturero
que es, va y esclama gritando,
pa darse tono:—*¡Te juego*
los cafés pa los presentes
con veinticinco pa ciento!
—Muchas son.
—Le doy el tiple.
—Pues él juega.
—¡Ni un pimiento!

La prueba es que de seguida
le dije:—*Me va á dar miedo,*
pero, si quieres, apúntate
cinco más.—¡Vamos á verlo!
En fin; que sacan las bolas,
salgo con una de mérito,
y luego voy ¡zás! prencipio
á tirarle retrocesos
y picaos y feligranas,
pero, chico, en unos términos,
que de milagro patente
no se quedó zapatero.
Total: volviendo al asunto
referente á la Remedios;
estábamos, yo en noventa
y él cuasi *aprés,* cuando en esto
de pronto al ir á tirar
una carambola á huevo,
me da una punzá en el vientre,
y me corre por tóo el cuerpo
un sudor frío, y me empiezan
unas ansias y un mareo
que si no es porque me dicen:
—¡Hombre, métete los dedos

en el balcón!, á estas horas
estoy en el Cementerio.
—Eso fué un cólico.
—Puede.
—Que te enfriarías.
—Bueno;
pues como me puse malo,
y yo en seguida me pienso
que voy á diñarla, dije:
—Dispensarme si lo dejo,
pero en esta tiésitura,
la verdá, chicos, no puedo.
—¡Veste! (contestaron tóos).
—¡La saluz es lo primero!
(me dijo Paco). *Mañana,*
si estás mejor, seguiremos.
—Él, claro...
—¡Como que estaba
cuasi con el agua al cuello!
Con que me marché pa casa,
me abre la puerta el sereno,
subo, llego arriba, llamo
y nadie contesta; vuelvo
á llamar ¡y que si quieres!

—¿Qué, tampoco?
—¡Idem de lienzo!
Entonces, desesperao
y aburrido, qué hago: pego
la boca á la cerradura
hecho un huracán (ya creo
que me conoces y sabes
quién soy cuando me caliento)
y digo, echando madejas
de bilis:—*¡Pero, Remedios!...*
¿Quieres abrir de seguida,
ó tiro la puerta al suelo?
—Te abrirían.
—¡Pocas gracias!...
Y ahora prencipia lo bueno:
Tomo tóo el pasillo alante,
echando lumbre, penetro
en la sala... ¡y tú carcula
mi sospresa, cuando veo
sentao junto á la camilla
tranquilamente un sujeto,
que ni se diznó siquiera
saludar!
—¡Rediez!

—¡No quierol
decirte lo que pasó
por mi mente!...
—Lo comprendo.
—Pero basta conque sepas,
pa que te hagas cargo de ello,
que aunque sé que mi mujer
antes de manchar su crédito
de honrá y fiel se mataría
¡porque no hay ni que hablar de eso!
me volví loco, y si no
me ilumina tan á tiempo
la Providencia, te juro
por la teta que me dieron,
Bienvenido, que les abro
en canal como á los cerdos.
—¡Sí que se las trae la cosa!
—¡Cállate, hombre!... Por supuesto,
que nos tronzamos de risa
luego después la Remedios
y yo, en la cama, acordándonos,
porque tié mucho salero.
—¡Ah!... ¿Sí?
—Como que me vas

á decir que me guaseo.
¡A qué dirás tú que fué
á mi casa aquel sujeto
con tóo su cuajo, á esas horas
y en el rigor del iviernol...
—No sé.
—Cavila.
—No doy.
—Pues vas á quedarte lelo:
¡á que mi mujer le diera
cinco reales en un décimo
que sabía que llevaba
pa la jugá de Año Nuevol...
¿Es afición?...
—¡Qué rarezas
tién algunos!
—¿Hay derecho
pa que por una pamplina,
como esa, te corte el sueño
cualquier loco?...
—¡Vamos, calla!
—¿No es pa partirle los sesos?
—¿Y qué hicistes?
—Pues ná: el hombre

sastifació su deseo,
porque después del viaje
resultaba violento
desairarle; se abrochó
la cazadora, y diciendo
muy humilde:—*¡Disimulen*
ustés si he sido molesto!
pilló la escalera abajo,
salió á la calle y *laus deo.*
—Pues mira: sí que tié gracia.
—¿Lo ves cómo yo no miento?
Eso sí; la primer cosa
que le dije á la Remedios,
fué que desde aquella noche
se terminaban los juegos,
porque muy fácil ocurre
que en lugar de ser yo el que entro
es un estraño ¡y suponte
la tomadura de pelo!...
—¡Hombre, sabida la fama
de tu mujer, no lo creo!
—¡Quítate de ahí! Por lo mismo
que es el *no pús* de su seso,
hay un porción de reztiles

que darían el pellejo
por pillarla en un enjuague
pa dir con el chisme.

—Bueno;
la envidia es muy mala.

—Esazto.
¡¡Has dao en mitá del hueso!!

LAS NIÑAS DEL CORO

LAS NIÑAS DEL CORO

—¡Le digo á usté que hace falta
más pacencia, doña Emilia,
que un Santo Job!...
—Sí, señora;
ya sé que usté es otra vítima
del Sino; ¡pero qué penas
las de las dos tan destintas!...
—¿Por qué?
—Porque al fin y al cabo
usté se ha pasao la vida
honradamente vendiendo
[illegible] utería
por la calle, y no es que quiera
rebajarla, señá Otilia,

que cá una se busca el pan
como puede, pero ¡ay, hija!,
usté no sabe lo que es
el haber gastao batistas
y charoles á tóo pasto,
y haber tenido hasta fincas
en la Guindalera (que ahí
están en pie todavía),
pa verme luego á mis años
encerrá en esta pocilga
de *cine* viendo indecencias
y aguantando groserías.
Si levantara sus miembros
mi pobrecito Bautista
y me viera así... ¡Na más
el pensarlo me horroriza!
—Pues se queja usté de vicio.
—¿Yo?...
—¡No sé! ¡Tie usté á su chica,
que ha prencipiao en el coro
no hace un mes entodavía,
y ya la han subido á un duro,
¡conque á ver!
—¡Ay, señá Otilia!...

¿Y qué es un duro?...
—¡Pijota,
pues la mar de calderilla!
—¡Calle usté, por Dios!... Con eso
no tié ni pa vaselina,
porque en casa habrá estrecheces,
pero lo que es á mi niña
no le hace daño ninguno
privarse de la comida,
si es menester, pa salir
mejor que la cupletista
bajá del cielo. De forma
que si gasta el alma mía
tóo el jornal en componerse
¡á ver ande está la mina!
—Si esto no es que yo cretique
que á la de usté, que es guapita
y sirve pa la carrera
y tié detalles de artista,
la den eso; pero ¿es justo
ni decente que á mi Rita,
que ya cantaba en el coro
cuando estrenaron *Las hijas*
del Zebedeo, la paguen

con dos pesetas cochinas?
—Es verdáz.
—¿No dan arcadas
al ver que una primeriza
como la Urrutia, que tié
menos voz que una sardina,
se lleve á casa, de bóbilis,
deciséis reales cá día
porque se deja sobar
hasta de los tramoyistas?
—Tié usté más razón que un santo.
—¿Le paece á usté que hay justicia?
Ya sé yo que mi muchacha
no es ninguna Mayendía,
que á mí la pasión de madre
no me ciega, doña Emilia,
pero, ¡puñales!, tié escena,
y no hay en la Compañía
quien la llegue á los zancajos
(dejando á un lao á su Anita
de usté), porque es lo que yo
digo siempre: ¿Desafina?
—¡Qué disparate, señora!...
—¿No tié buena voz?

—¡Manífica!
—¿Se baja como otras?
—De eso
no se ná.
—¿La hay más castiza
moviendo sus menesteres
en las obras sicalíticas?
—No.
—¡Pues ahí está! Como á ella
nunca en jamás de la vida
le ha dao por la golferancia,
ni ha rodao por la *Bombilla*
con los autores, ¡porque es
muy requetedecentisma,
gracias á Dios, y ni el oro
de Róchil la torcería,
ya ve usté!...
—¡Que sí!
—¿No es esto
una esplotación enicua?
—Sí, señora.
—¿Y el trabajo
que tién las pobres encima
de su alma?... ¡Vengan seciones

y más seciones, sin pizca
de caridáz!...
—Así paece
que están casi todas tísicas.
—¡Por Dios, es que seis cá noche
no hay cuerpo que lo resista,
señora!...
—Y las que padecen
son las madres.
—¡Sí, hija mía!
Vamos, yo es que no concibo
que una persona tan fina
como es usté, y sus modales
bien á las claras lo endican,
se haiga amoldao á vivir
entre tanta porquería.
—¡Ay, señora, usté no sabe
los llantos y las fatigas
que me cuesta; pero así
lo dispuso el que está arriba...
—¡No se afezte usté, carambal...
—¡Qué recuerdos, señá Otilia!...
Mi difunto era riquismo
y á nosotras nos quería

con locura, porque, vamos,
es poco cuanto se diga.
Así es que el pobre (Dios le haiga
perdonao) se desvivía
pa tenernos con un lujo
que, en fin, ¡hasta fosfatina
me llevó dos ú tres veces
cuando desteté á mi niña!
Pero dió la concidencia
(dispense usté que me aflija)
de que al morir, la muchacha
no estaba reconocida,
porque era casao, y es claro,
cargó con tóo la familia,
dejándonos de resultas
poco menos que en camisa.
—¡Vaya por Dios!
—¡Que una es tonta
y no se ocupa del día
de mañana!
—¡Cuánto de eso
suele ocurrir, doña Emilia!
—Pero míste, tuve suerte;
porque de pronto la chica

fué y prencipió á pollear
y á hacerse una mujercita
y á estrenar piezas de chicos
aficionaos, hija mía,
¡que daba gusto!, y por dónde,
al verla así, tan listilla,
un amigo de su padre,
muy bueno (¡Dios le bendiga!),
que es ese joven que viene
con nosotras tóos los días,
fué y me la metió en Eslava
gratis, pa ver si perdía
la vergüenza viendo al público
de los estrenos, y, amiga,
la ha perdido de tal modo,
que paece una artriz corrida.
—Pues hará suerte...
—La pobre,
ya ve usté; se despepita
materialmente, y la aplauden,
porque se trae simpatías,
y está osequiá; pero yo
no me acostumbro á esta vida
por ná del mundo.

—Ni nadie
que haiga estudiao la dotrina.
—¡Porque es que hay que ver, señora,
los chismes y las envidias
de esta casa!...
—¡Es un escándalo!
—Luego aquí tóo se cretica,
y se despelleja á Cristo
y está una siempre vendida.
¿Entra á ver á mi muchacha
este ú el otro y la envita
á un bisté, pongo por caso,
ú á otra cualquier golosina?
Pues como pase y los vea
bis á bis alguna víbora
de esas... ¡boca abajo!...
—Toma;
lo que menos, cuncubina.
—¿Que hay una amistáz estrecha,
verbo en gracia, entre la mía
y la de usté (porque á veces
las muchachas simpatizan)
y tién el mismo criterio
y van juntas cuatro días?...

¡Pues prepárese usté á oir
cá chiste que Dios tirita!
—¡Claro, como algunas veces
aciertan!...
—¿Y la iznominia
de obras que hacen, que avergüenzan
á un sereno?... ¡Venga tripa,
y encite usté con los ojos
y póngase usté lascivia!...
¡Que asquerosidáz!
—¡A ver!
Así los hombres relinchan
como potros y se ponen
que salen echando chispas...
—¿Qué de extraño tié que el público
piense que son unas *pingas*
todas las artrices, viendo
tanta sinvergüencería?...
—Crea usté que muchas veces
me ha pesao el que mi Rita
no haiga sido como son
más de cuatro, doña Emilia;
porque eso de estar esclava
treinta años, día por día,

de su honradez ande muchas
la pierden y además se hinchan
de brillantes, y que el público
me la englobe y me la mida
con las demás, ¡es muy triste!
¿Y luego pa qué, hija mía?...
Pa verse con ocho reales
y con dos criaturitas,
una de tres años y otra
de pecho, que ¡hasta maldita
siá la hora en que conoció
á aquel golfo!...
—Es tontería,
si ha nacido así, no sirve
pedricarla, señá Otilia,
¡porque la que nace honrá
lo es dos mil años que viva!

UN AVIADOR

UN AVIADOR

A mi querido amigo el ilustre
Doctor FERNANDO CASTELO.

—¿Pero qué vendaje es ese
que llevas en el melón
y por qué tiés esa cara
que te llega al entrecót?
—Pues ná, chico, lo que ocurre...
cosas de la aviación.
—¿De la cuála?
—Que he volao.
—¿Dónde?
—Desde el corredor
de un principal hasta el patio,
que tié el piso de hormigón.
—Pero cómo, ¿por capricho?

—¡Qué capricho!... ¡no, señor!
Que me empujaron.
—¡Arrea!...
—Y por milagro de Dios
no me ves con los narices
en otra demarcación.
¿Pero cómo fué la cosa?
Pues verás: estaba yo
muy tranquilo el otro día
recostao en un farol,
viendo de pasar las hembras
frente al Bazar de la Unión,
con Pacorro *el Escorbuto*,
Quintiliano, y otros dos
que han venido de Zamora
pa ver la inauguración
del evacuatorio ese
que hay en la Puerta del Sol,
y estaban tronzaos de risa
con mis timos casi tóos,
hasta el estremo de que uno,
agarrándose al farol,
me dijo:—*¡Haga usté el osequio*
de callarse, porque voy

á echar la papilla! ¡Chico
qué gracia que le hice!...
—No;
si gracia tiés
—¡Hombre, creo
que sí!
—Como que tu error
más sinificao ha sido
el no dedicarte á clón.
—Toma; si yo nazco en Londres,
ú en París ú en Nueva York,
ya lo sé; pero naciendo
en el Divino Pastor
y llamándote Protasio,
qué haces...
—Verdáz.
—¡Aquí tóo
es pa el extranjero!
—¡A ver!
—Pero, en fin; á la cuestión:
estaba, como te digo,
más ocurrente que Dios,
diciéndoles á las hembras
pigramas y *quiz pro cuós*

de esos míos, que ya sabes
lo originales que son,
cuando de pronto me veo
de venir á tóo vapor
desde la otra acera, un cacho
de señora con mantón
alfombrao, y presumiendo
de botitas de charol
y oscilando las caderas,
con un aquél y un primor
que nos quedemos los cinco
turulatos.—*¡Buen jamón!*
(me dice Pacorro) *¡A ver*
cómo se bate el rencor!
Conque en el mismo momento
de ir á tirarla el rentoy
más castizo que ha brotao
de este humilde servidor,
vá y repara en mí, y poniéndose
como un pimiento morrón,
y clavándome los ojos
y temblándole la voz,
de la sospresa, me dice:
—*¡Muy buenas tardes, Eloy!...*

¡Chico, si me sangran no echo
gota!
—¿La conozco yo?
—Más que á tu padre.
—¡Quién era?
—¡Va á paecerte una ilusión!
¿Te acuerdas de la Duvigis,
aquella que se casó
cuando estaba en relaciones
conmigo?
—¿Cuála?... ¡No doy!
—¡Sí, hombre, sí! ¿No te recuerdas
que entre otros varios y yo
le regalemos al novio,
la antevíspera, un bastón
con puño de asta de ciervo?...
—¡Ah! ¿Dices la de Puchol?
—¡Esa!
—¿Pues no he de acordarme?
¡Mucho!
—¡Pa chasco que no!
—¿Sigue tan guapa?
—¡Más!
—¡Echa!

—No existe comparación;
ahora es rubia.
—¡Cómo rubia,
si era más negra que el cok!...
—¡Toma, pero no te digo!
Ha cambiao hasta el color
del pelo y está de carnes
chico ¡que asfisia!
—¡Anda Dios!
—En fin; que al verla la dije,
con mi miaja de emoción:
—¡¡Chiquilla... pero eres tú!!
—¡Yo misma! (me contestó).
—¿Qué te haces?
—Pues ya lo ves:
con mis peines.
—¿Y Puchol?
¿Sigue como antes?
—¡Lo mismo!
—¡Qué suerte!...
—¡Anda daí guasón!
—¿Cuántos chicos tiés?
—Ninguno.
—¡Pero qué inútiles sois!

—¡Velay!...

—¿Sabes una cosa?

—Cuála.

—Que cstás superior.

—De qué.

—De guapa.

—¡Sí, guapa!...

¡Tú si que lo estás!

—Quién ¿yo?

—Ya te lo habrán dicho.

—¡Nadie!

—¡Pobre!

—¡Más fijo que el sol!

—Pues sí que lo estás.

—¿Te gusto?

—¡Bien lo sabes tú, ladrón!

—¡Menos que tú á mí cien veces!

—¡De veras!

—¡Como que estoy

que no vivo ni sosiego

por ti!

—¡Cállate, traidor!...

¡Si no me has querido nunca!

—¡Más que la que te parió!

—¡Ya se vé por las visitas
que me haces!
—Es que Puchol
me las tié jurás.
—¡Anda éste!...
Aquello se le pasó.
—Claro; como que no fué
ná más que una ocecación.
—¡A ver!...
—Digo, tú lo sabes
demasiao.
—Y sobre tóo,
que ahora está fuera.
—¿Sí?
—En Burgos.
—¡Mecachis!...
—Miá qué ocasión
pa echar un párrafo á solas.
—Si quieres, echamos dos.
—¡De pico, echas muchos tú!
—Eso con verlo...
—¿A que no
te vas por casa una tarde?
—¿Qué te apuestas á que voy?

—¿Cuándo te espero?
—Mañana.
—¿Chipén?
—¡Palabra de honor!
—¿A qué hora?
—De tres á cuatro.
¡A ver si no estás!
—¡Estoy!
—¿Dónde vives?
—Mira al Río,
tres, prencipal.
—Pues adiós.
—Oye: no compres merienda,
que allí tenemos de tóo.

. . . . . .

Resultao: que llego esazto;
me la veo en el balcón
esperándome, más guapa
que la Venus del Milor;
subo, me abren, entro, cierra,
nos damos un apretón
de manos, coge una silla,
me la alarga, la hago yo
sentarse á mi lao, acede,

y á poco de estar los dos
recordando nuestras cosas,
(¡carcula con qué ilusión!)
me pregunta sonriéndose;
—*¿Traes mucho apetito, Eloy?...*
—*Me se ha abierto al verte á ti.*
—*Y á mí también.*
—*¡Pues* alón!
Trae lo que tengas.
—*¡Volando!*
Conque va al aparador
y empieza á sacar pestiños,
chicharrones, salchichón,
bacalao crudo, cazalla,
en fin, muchacho, ¡un convoy!
—*¿Pero ande vas, criatura?...*
(la digo)
—*¡Aquí mando yo!*
(me responde) *¡Usté á comer*
y soniche! Pues señor,
que empezamos la merienda
en paz y en gracia de Dios,
y estaba la pobre chica
con toda su educación

ofreciéndome una raja
de *orduvres*, cuando la voz
de un hombre exclama:—*¡Duvigis;*
abre la puerta!
—*¡Ay, Eloy!*
(dice ella desencajá)
¡Mi marido!
—*¿Quién?...*
—*¡Puchol!*
—¡Atiza!
—¡Escuso decirte
la *matiné* que se armó!
No había tenido tiempo
de salir de mi estupor
cuando ¡zas! van y me arrean
traidoramente una coz
en los riñones, chiquillo,
que vi las estrellas; voy
á levantarme pa dar
lo mío, y con el bastón
de asta de ciervo (que fué
lo que más me molestó,
por tratarse de un osequio
que le hice con ocasión

de su boda), me sacude
dos palos que me dejó
mortecino; conque entonces
me vuelvo como un león
y le llamo lo que sabes,
pero se inrita el gachó
y empieza á diñar estopa,
con una exageración,
que aquél no era brazo, chico.
—¿Pues qué era?
—¡Un ventilador!
Resumen total; que al ver
semejante chaparrón
de estacazos, la Duvigis
se esconde en el *guater glós;*
yo salgo de pira, el tío
me alcanza en el corredor,
me coge así, me levanta
lo mismo que un cañamón,
me zamarrea y diciendo:
—*¡Ves bajando, que ahora voy!*
va ¡pum! y me tira al patio
sin darme una esplicación.
—Me alegro.

—¿Por qué?
—¡Por primo!
—Gracias.
—¡Natural, señor!
¿A quién se le ocurre el ir
á un sitio de exposición
sin un arma?...
—Cállate, hombre...
¡Si estaba armao cuando entró!
—Ah ¿sí?
—¡Toma!
—¡Pues haberle
dao pa el pelo!
—Mi intención
fué esa, pero del primer
voleo me desarmó.
Ahora sí; que me las paga...
¡no te coja la menor,
porque yo me vengo!
—Y ella,
si tié vergüenza.
—¡Los dos!

EL TRIUNFO DE LA OPERETA

EL TRIUNFO DE LA OPERETA

—Bueno; decididamente
esto no pué ser, Candelas;
me estoy pasando la flor
de mi vida de quincena,
y si has venido á este mundo
pa no disfrutar siquiera
de la juventuz, más vale
que te subas á una de esas
colunas que hay con dos huesos
cruzaos y una calavera
y te eletrocutes.
—Chico,
no te entiendo ni una letra.

—Pues la cosa es muy sencilla:
yo prencipié la carrera
contigo, semana menos
ú semana más, y sea
porque tú tiés una zumba
que no te cabe en la prenda
correspondiente, ú porque haigas
nacido con unas yemas
en los dedos que ni Cristo
te sosprende una faena,
resulta que en los tres años
que andas *haciendo* carteras
por los tranvías, no sabes
lo que es pisar una celda,
ni te conoce la *poli,*
ni te han calentao la jeta,
y encima vistes que paeces
un socio de la *Gran Peña,*
en el ínterin qué á mí,
que he nacido con la negra,
me ocurre que en cuanto le echo
los garfios á una cadena
de níquel ya me han largao
dos palos en la cabeza.

—¡Mala suerte!
—Ya lo sé
que es mala suerte, y por esa
circustancia he decidido
buscar otra industria nueva
pa dinificarme un poco,
y poder comer con regla,
y no ir por ahí poco menos
que enseñando las vergüenzas.
—¿Y dónde vas á meterte,
si no sabes una letra
de ná, ni entiendes de números,
ni has cogido una herramienta?
—¡Hombre, no tanto, que he sido
grabador!
—Sí: tengo idea
de que has andao machacando
grava por las carreteras.
—Sí, ¿verdá?
—¡Qué duda!
—Bueno;
tú tómame la güedeja
tóo lo que gustes, pero antes
de un año pué que me veas

con más fajos de billetes
que pelos tié Canalejas.
—¿Y qué vas á hacer?
—¡Lo que haga!
—¡Vamos, hombre, no te ofendas,
que es una chufla!
—Pues pienso
dedicarme á la opereta.
—¿Tú?
—*¡Güí!*
—¡Rediéz!... Pero cómo,
¿de aztor?
—¡Cuidao que eres bestia!
—Muchacho, pues no lo entiendo.
—¡Natural que no lo entiendas!
Verás: yo y un tal Meléndez
amigo mío, que lleva
lo menos cinco ú seis años
repartiendo pan de Viena,
y que ya sabe un sinfín
de palabras extranjeras,
como *chaflán, isquimosis,*
pitaluga y *ecetéra,*
nos hemos juntao con otro

que tié la primer cabeza
y está componiendo un método
pa tocar las castañuelas
por cifra, y hemos formao
un *trús* de los tres, ú sea
una liga, con ojeto
(¡miá si es bonito el poblema!)
de vivir sin trabajar.
¿Qué te paece?
—¡De primera!
Pero sigo á oscuras.
—Bueno,
voy á esplicarte la idea.
—A ver.
—Existen en una
parte de Uropa (dispensa
que no diga cuála), varios
que sacan de sus cabezas
unas cosas superiores
que las llaman operetas,
y que dan, donde las hacen,
los pápiros por fanegas.
—¡Ah, sí; ya sé lo que dices!
¿Esas que se cantan?

—¡Esas!
Pues bien; yo y estos amigos
ú socios, ú como quieras
caleficarlos, valiéndonos
de la mucha ú poca cencia
que yo disfruto en mi endustria,
y del dominio de lenguas
del antes citao Meléndez,
y del mérito que ostenta
como músico el del método
pa tocar las castañuelas,
les vamos á echar los dátiles
á todas las operetas
que salgan ¡y no nos tose
ni Dios! El del pan de Viena
las copia en limpio; después
las pone unas medias suelas
el otro; las pesco yo,
las llevo á un *cine*, las echan,
hacen tilín, y el dinero
que nos rindan se disgrega
entre los tres honrámente
¡y á vivir en la pulencia!
Chico, pues es un negocio

que ni la Tabacalera.
—¡Como que paece mentira
que no haiga habido á estas fechas
nadie que esplote una cosa
tan útil y tan benéfica!
—Sí que es raro.
—Qué ¿te gusta?
—¡Mucho! Pero tié una quiebra.
—Cuál.
—Que la guardia civil
se entere y vayáis á Ceuta.
—¡¡Si es legal!!...
—¿Sí?
—¡Claro, primo!
Toma, pues si no lo fuera
¿pa qué me iba yo á cambiar
de ruta?... ¡Por Dios, Candelas!...
—Eso sí.
—¿Ves ahora clara
la cosa?
—¡Menuda breva!
—¿Verdá que hago bien?
—¡Pa chasco!
¿No has de hacer bien? ¡Si te dejan!...

EL VIEJO VERDE

EL VIEJO VERDE

DIÁLOGO REPRESENTABLE

PERSONAJES

Señá Gregoria, vendedora de "gangas" y reclamo de amores fáciles.
La Filo, planchadora.
Don Narciso, viejo sátiro.
Un mozo de café, que no habla.

I

Telón corto de calle con puerta practicable que da entrada á un café. A los lados de ésta dos mesas y sillas.

GREGORIA Y DON NARCISO

—Límpiese usté las legañas
y mire usté despacito
ese par de orlas. Me paece

que esto es servir á un amigo.
—¡Pero si son más antiguas
que la puerta del Hospicio!
¡Ah! ¿Sí? La última *dernière*
de Lacloche. ¡Poco ruido
que han armao estos pendientes
en tóos los mejores círculos
de Madriz! Como que son
de la señora de un título
que tié un apuro y no quiere
que lo sepa su marido.
¡Si nó de qué iba ella á darlos
ni por dos mil!... ¡Corriendito!
—Es mucho dinero.
—Vaya;
las quinientas veinticinco
y terminao. Que no sea
ni lo de usté ni lo mío.
—¿Sirven cien duros?
—No puedo
rebajar ni un perro chico.
—¡Pues á otra cosa!
—Pero hombre;
que los záfiros son finos

y ahora está la pedrería
por las nubes, Don Narciso.
Además, que la persona
que va á gastar los zarcillos
se lo merece, si son
pa la que yo me imagino.
—Pa quién.
—Pa Doña Tomasa.
—¡Mi mujer no tié orificios
en las orejas!
—¡Ah, vamos!...
Entonces con más motivo.
—¿Hace ó no?
—Suba usté un poco.
—No pué ser.
—¿Ni dos cochinos
duros siquiera?
—Ni un céntimo.
—¡Vaya por Dios!... Ahí van, hijo;
que siempre saca usté raja...
—Toma y cuenta.
—(¡Cayó un primo!)
—¿Te has enterao?
—Sí.

—Pues ahora
voy á darte un encarguito.
—Usté dirá.
—¿Tú conoces
á esa que la llaman Filo,
que tié el obrador de plancha
frente á San Carlos?
—¡Muchismo!
—¿Qué te paece?
—¡Una real moza!
—¿Verdá que sí?
—Como físico
no conozco quien la llegue
ni al ribete del vestido.
—Pues pa ella son estas orlas
que te he comprao.
—¡Don Narciso!...
¡Pero que no pué usté estarse
nunca quieto!...
—Mi organismo
que es así.
—¡Qué pocos hombres
van quedando tan castizos!
—Bueno, al asunto: esa chica

me ha trastornao los sentidos
de una forma, que me tié
materialmente en un grito;
pero como yo no puedo
ser con ella tóo lo explícito
que es menester, por mis años,
mi posición y mi juicio,
y es muy natural que trate
de evitarme un compromiso,
quiero que tú, que dominas
estas cosas y que has sido
la que en otras ocasiones
me has allanao el camino,
te llegues allá y, después
de ofrecerla el regalito,
la pintes como tú sabes
los tormentos y el martirio
que estoy pasando en el mundo,
cétera... ¿Me has comprendido?...
—Le azvierto á usté que tié novio
pa casarse, y que la Filo
ciega por él.
—¿Pero es novio?...
—No creo que haiga ascendido,

porque ella en ese terreno
pisa firme.
—Da lo mismo.
—Se hará tóo lo que se pueda.
—Esa moza es un capricho
que yo tengo, y hace falta
que acete lo que la envío.
—¡Lo acetará!
—Tú ya sabes
que yo soy agradecido;
conque á ver cómo manejas
el trapo.
—Esté usté tranquilo.
No hay hembra que se resista
ni á estas orlas ni á este pico.
—Lo sé. ¿Cuándo vas á verla?
—Ahora, en caliente.
—¡Manífico!
Por aquí te espero. ¡A ver
si me dejas en redículo!
—¡Quién! ¿yo? ¡Pues ni que acabara
de llegar ahora en el mixto!...
—Bueno; tú verás.
—Ni media

palabra. ¡Eso es pan comido!
—¡Olé mi cuerpo serrano!
¡Mozo! Sácate un *Torino*.

II

(Obrador de planchado.)

GREGORIA Y FILO

—¿Se pué pasar?
—Adelante.
¡Caramba, señá Gregoria!...
¿Cómo usté por aquí?
—Chica,
pues ná; que he venido á Atocha
con un encargo, y he dicho:
¡Pues voy á ver á esa golfa!
—Se la estima á usté el piropo.
—¡Mujer, ya sabes que es broma!
—¿Y qué hace usté?
—Lo de siempre.
—¿Se trabaja?
—Poca cosa.
¡Está el negocio, hija mía,

que no hay una perra gorda!
—¡Vaya por Dios!
—Ya me han dicho
que te casas.
—Por ahora
á eso se tira.
—Bien hecho.
—¡A ver!
—¿Y cuándo es la boda?
—Pues pa Agosto.
—¡Chica, vais
á sudar pringue!...
—No importa.
Pa casarse, tóos los meses
son buenos, señá Gregoria.
—¿Y por fin, con quién?
—Con Paco.
—¿El pollero?
—Sí, señora.
—¡Anda, hija mía, que bién
te vas á poner las botas!...
—¿Por qué?
—Porque él tié bastante,
según dice su parroquia.

—No le he preguntao.

—Podías
saberlo...

—No soy curiosa.

—Le quedrás mucho.

—¡Un poquito!

—Paece muy buena persona.

—Pa mí, superior.

—Pues basta.

—¡Natural!

—Oye: ¿estás sola?...

—Sí. ¿Por qué?

—No, por ná... ¡Hombre,
y á propósito!... Una cosa
tengo que decirte.

—Cuála.

—Pues chica; que una señora
muy rica, de la grandeza,
que se va á meter á monja,
por un desengaño, quiere
que la coloque unas orlas
que tié, porque en el convento
no las dejan gastar pompas,
y como tú estás á pique

de casarte y andas ahora
con el *truchó*, me he pensao:
¡Miá que ocasión tan hermosa
se le presenta á la Filo
pa hacerse una buena compra!...
—¿Las trae usté?
—¡Casualmente!...
Míralas.
—¡Ay, qué preciosas!...
—¿Te gustan?
—¡Son bonitismas!...
—¡Y que te estarían *pochas*,
con esa cara tan tuna
que tiés, grandisma ladrona!...
—¿Cuánto piden?
—Pues pa ti,
cien duros
—¡Eche usté ropa!...
—¡Anímate!
—¡Es mucho arroz
pa mí!
—¿No las gastan otras?...
—¡Toma, podrán!
—¡Bah! Lo mismo

que tú, si no fueras tonta.
—¡Clarito!
—¡Si tú quisieras!...
Conozco yo una persona
que en cuanto dijeras ¡óle!
por gusto, no digo yo orlas,
¡ibas á dir á entregar
las camisas en carroza!
—¿Sí? ¡Caray!...
—Es un señor
muy decente, maestro de obras,
que tié, pero cómo, ¡así!
los brillantes y las onzas...
¡Si vieras!... Le ha entrao al pobre
una pasión y una cosa
por ti, que paece talmente
que se alimenta con moscas.
¡Se parte el alma, hija mía!...
—¿Qué quié usté decir, señora?
—Quién ¿yo?
—¡Usté!
—(¡Malo!) Pues ná...
—¡O se calla usté la boca,
ó la estampo á usté en los sesos

la cofaina, tía galocha!
—¡Pero, chica... no te enrites
ni te pongas tan nerviosa,
que tú deseguida coges
el rábano por las hojas!...
—¡Si no mirara!...
—Mujer...
pero ¿tú por quién me tomas?
—¡Por una...
—¡Jesús, María!...
¿Qué ibas á decir, so loca?
—¡Amos, hombre!...
—¡Sabré yo
lo decente y lo juiciosa
que eres tú!... No te se puede
gastar una chirigota...
¡Cuidao contigo!... ¡Amos, ven!
—¡Déjeme usté á mí de historias!
—¡Mujer, á un grillo se le oye
y cuesta una perra gorda!...
Atiende y no te amontones:
¿A tí te gustan las orlas
de verdá?
—Sí que me gustan.

—¡Puñales! ¡Pues me las compras
y se acabó!
—¡No sé cómo!
—¿No tiés ahorrao pa la boda
ná?
—Cuarenta duros.
—Bueno,
me los das, luego me abonas
tres tóos los meses, con algo
de interés por la demora,
y tuyos en poco más
de un año.
—Eso es otra cosa.
—Anda, tráelos.
—Serán buenos,
¿eh?
—¡Mujer, no gastes bromas!
¡Superiores! (¡Qué le digo
yo al otro, Virgen de Atocha!)
—Ahí van. ¿Está bien?
—Al pelo.
Tómalos, escandalosa...
¡Miá que lo de antes!...
—Usté

dispense, señá Gregoria,
fué una figuración mía.
—¡Valiente genio! Adiós, loba.
—Adiós.
—Y ya pués estar
satisfecha de tu compra.
—¡Qué bonitas!...
—(Si descubre
que son *boro,* me desloma.)

III

La misma decoración de la parte primera. Sobre una de las dos mesas habrá seis copas de vermouth, vacías.

DON NARCISO y luego GREGORIA.

¡Por vida de Dios!... ¡Las siete!
¿En dónde se habrá metido
esa bruja? Se conoce
que le ha costao trabajillo...
¿Lo habrá lograo?... ¡Cá minuto
que pasa me paece un siglo!
Allí asoma. ¡Vamos, hombre!...
¿Dónde andas?

—¡Ay, don Narciso!...
—¿Qué sucede?
—¡Ay, qué disgusto!...
—¡Habla, mujer!
—¡Ay, Dios mío!...
—¡Rediez!...
—¡Míste cómo vengo!
—¿Pero qué pasa?
—¡El delirio!
—¡Revienta ya de una vez,
si quiés reventar!
—Pues hijo
me fuí, pa lo que usté sabe,
al obrador de la Filo;
entré, la metí el capote
y ná, mú bien; al prencipio,
naturalmente, la chica
me se encampanó un poquito...
por la *novedáz*.
—Es claro;
eso ya estaba previsto.
—Pero cuando vió las orlas
y la hablé de los martirios
que usté pasa, y de lo guapo,

lo reservao, y lo limpio
que es usté, pues lo de todas...
—¡Ah! ¿sí?...
—*¡Dóminus vobiscum!*
—Lo carculao.—¡Muchas gracias!
—¡No se merecen! Pues hijo,
que estaba yo contestisma
por haberle á usté servido
tan bien, cuando en esto sale
bramando como un novillo
el novio de la muchacha,
que había estao escondido
oyéndolo tóo...
—¡Mecachis!
—¡Y aquello fué pa escribirlo
en uno de esos romances
que hay pa asustar á los chicos.
Míste: se viene pa mí
con los ojos encendidos,
que daba miedo; me atiza
un guantazo en los hocicos,
que estuve tres cuartos de hora
sangrando como un cabrito;
se acuerda de mis difuntos;

me agarra del añadido;
me da un puntapié en el... bueno
(figúrese usté en qué sitio),
con unas botas de lluvias
que pesaban cuatro kilos,
y tirándome á la calle
como un guiñapo, me dijo:
¡Vaya usté daí, so indecente
y dígale usté á ese tío
que el día que me lo tope
le rajo como á un gorrino.
—¡Caray!... ¡Pero cómo! ¿A mí?...
—Sí, señor.
—¡Pues te has lucido!
¿Y pa esto me he tomao yo
seis *vermús* consecutivos?
—¡Ay qué horror!
—Bueno: ¿Y las orlas?
—Las orlas tuvo el cenismo
y el desahogo de quedarse
con ellas aquel bandido,
porque como usté tié antojo
de que las gaste la Filo,
dice que por ná del mundo

le quita á usté ese capricho.
—¡Repuño!
—¡Y quién va por ellas!...
—¿Cómo que quién va? ¡Yo mismo!
¡Pero en seguida!
—¡Por Dios!
¡No vaya usté, don Narciso,
míste que está como loco
y va usté á buscarse un nicho!...
—¿Pero y á mí quién me paga
los daños y los perjuicios?
—¡Ay!...
—¡Qué te pasa?
—¡Que viene!...
—¿Quién?
—¡El pollero! ¡Ay, Dios mío!...
—¡Le mato!
—¡Que tié usté nietos!
—Es verdáz.
—¡Ay, don Narciso,
qué navaja!...
—¡Caracoles!
—¡Corra usté!
—¡Con tu permiso!

—¡Que viene!
—¡Por tu salú
no le digas que me has visto!
. . . . . .
—Creí que no me quitaba
de encima este sinapismo...
¡¡Lo que tié que sudar una
pa ganarse un panecillo!!
¡Mozo! ¡Un bisté con patatas
chuflés y chica de vino!

LOS CORTEJOS

FIN DE FIESTA CON MÚSICA

PERSONAJES

JENARA.
NARANJERA.
LORENZA.
PACA.
PEPA.
MANUELA.
UNA MAJA.
DON PAULINO.
DIONISIO.
ALFONSO.
RAFAEL.
UN FRAILE.
CEFERINO.
BLAS.
UN CRIADO.
UN MANOLO.

LOS CORTEJOS

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Una calle de Madrid á principios del siglo XIX. En el centro fachada de una casa de modesta apariencia con puerta principal practicable. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

CEFERINO y BLAS, de majos, con guitarras, por la izquierda. Luego un criado.

CEFER. Entra, que estará impaciente
la reunión, y ya sabes
que á la *Tuerta* no le gusta
que empiecen las cosas tarde.

BLAS. Has de saber, Ceferino,
que no hay cosa que me cargue
como tocar, para que otros
se diviertan en el baile.
CEFER. Y toquen también.
BLAS. Pero uno
viene á comer lo que traen,
si es cosa de gusto, y tiene
que callar.
CEFER. Y que hoy es fácil
que de bollos y compota
te puedas llenar el zaque,
porque vendrán personitas
de rumbo: Dionisio el Sastre,
con su mujer y el cortejo
que á entrambos paga los gajes;
la Curra, que tiene mano
con famosos personajes,
y Juanita la *Bisoja*,
que como enterró ayer tarde
al marido, anda buscando
ocasión de consolarse.
BLAS. Ya se consolaba en vida
del difunto.

(Sale un criado *por la derecha con una bandeja llena de viandas y vino.)*

CEFER. *(Al criado.)*
Hola, compadre.
¿Qué es eso?
Queriendo husmear en la bandeja.)

CRIADO. Unas frioleras...
(Retirando la bandeja.)
¡qué comerá el que las pague!
(Entra en la casa.)

CEFER. Entra, no sea que empiecen
por la cena, y tú ya sabes
que sería de mal gusto
entrar después de que acaben.
(Cuando van á entrar, aparecen por la izquierda Lorenza y Naranjera, de majas.)

ESCENA II

DICHOS, LORENZA y NARANJERA

NARA. Anda, prima, date priesa.
CEFER. ¡Hola! ¿Son primas?

NARA. Carnales.

CEFER. Pues han venido á buen tiempo,
que *primas* así siempre hacen
buen avío á los que tocan
estos estrumentos.
(Acercándose á ellas.)

NARA. *(Rechazándole bruscamente.)*
¡Arre!
Que estas *primas* no se han hecho
pa que las toquen pelambres.

CEFER. Eso se verá.
(Entra detrás.)

BLAS. Si tocas,
no dejes de templar antes.
(Suena una bofetada.)
¡Saltó la *prima!* Por no
pisar con cuidao los trastes.
(Entra.)

ESCENA III

ALFONSO, de manolo rico, y RAFAEL, de militar, que salen por la izquierda.

ALFON. La sastra viene esta noche
y yo voy á hacer que acabe

la zambra, curando al viejo
de todos sus alifafes.

RAFA. Déjala y vaya en buen hora,
y ve que no han de faltarte
mujeres, porque nos tocan
á cada macho seis pares.

ALFON. Pero ella es la que me enciende
y no es justo que me abrase
yo por dentro, para que otro
por la mano me la gane.

RAFA. ¡Mira que acaba de entrar
la Naranjera en el baile
y si te conoce el juego
van á llover cardenales!

ALFON. ¡Cuchilladas que llovieran
no harían que me parase!

RAFA. Aquí llega. ¡Sé prudente!
(Señalando á la izquierda.)

ALFON. *(Con rabia.)*
¿Lo ves? Viene con el sastre,
su marido, y el cortejo
de sesenta Navidades.

RAFA. ¡Ten juicio y vamos adentro!

ALFON. ¡Milagro será que acabe

la fiesta en paz!

RAFA. *(Empujándole.)*

Entra.

ALFON. Vamos.

RAFA. ¡Pero has de mirar lo que haces!

(Entran en la casa.)

ESCENA IV

Salen por la izquierda DIONISIO con un farol encendido, alumbrando y sirviendo de guía á JENARA, que sale detrás, del brazo de DON PAULINO.

DION. Ya llegamos, á Dios gracias,
aquí, Don Paulino, pase
su mercé, que yo me marcho
á oir el sermón del padre
Gaspar. Su mercé procure
cuidármela.

JENA. *(A Dionisio.)*

¡Que no tardes,
hechizo!

(Con mucha dulzura.)

PAUL. Ve descuidado,
que mientras yo no me aparte
de ella, tu honor no peligra

ni un punto.

DIONI. Lo sé; pero ande
su mercé con mucho tiento,
que hay quien ronda estos parajes
por robarnos nuestra joya.

JENA. *(Con enojo.)*
¡Que tal digas!

DIONI. No te enfades,
rosicler, que la firmeza
de tu virtud todos saben
y yo el primero.

PAUL. ¡Y yo! Entremos,
no nos echen menos.

DIONI. Hazle
caso en todo; y si me tardo,
mi ausencia no te embarace,
que para eso vino aquí
Don Paulino á acompañarte.

JENA. ¡Qué triste estoy!

PAUL. A mi arbitrio
queda la pobre.

(Entran en la casa Don Paulino y Jenara después de mirarse expresivamente.)

DIONI. *(Enternecido viéndolos marchar.)*
¡¡Ni un padre!!
¡Qué amigo más complaciente
y qué corazón tan grande!...
No me deja que me ocupe
de ella, por no molestarme
y además de hacer mis veces
cada mes me encarga un traje.

ESCENA V

DIONISIO y FRAILE, que sale por la derecha llevando del ronzal un pollino cargado, al hombro unas alforjas repletas y en la mano que le queda libre un farolillo encendido.

DIONI. Buena noche.
FRAILE. Hola, Dionisio.
¿Dónde se camina?
DIONI. Al Carmen,
que hay sermón.
FRAILE. ¡Santa costumbre!
¿Y tu mujer?
DIONI. En el baile.
FRAILE. ¿Vino sola?

DIONI. *(Ofendido.)*
¿Soy yo tonto
quizás? ¡Lleva quien la guarde!
FRAILE. ¿Y cómo marcha esa vista?
DIONI. Tal cual.
FRAILE. ¡Que Dios te la aclare!
DIONI. Gracias, hermano.
(Vase izquierda.)
FRAILE. *(Viéndole marchar.)*
¡Por qué,
Dios mío, seré yo fraile!...

Música.

Cuplés.

¡*Dóminus tecum*
fraile mostén!
¡Ay, qué mujeres
las que se ven!

—

El prior del convento
de San Antonio

dice que las mujeres
son el demonio.
Y pone torvo el ceño
y alza las cejas
y huye de las devotas...
cuando son viejas.
¡*Ora pro nobis*,
fraile mostén!
¡Tú lo quisiste!
¡Tú te lo ten!

—

En fuerza de abstinencias
y de oraciones
ahuyenta fray Domingo
las tentaciones.
Y cuando una devota
ve que le atrapa
no deja que le tiente...
si no es muy guapa.
¡Anda, borrico,
mírame bien
que soy por tonto
fraile mostén!

ESCENA VI

El FRAILE, la PACA y la PEPA que salen precipitadamente por la izquierda.

PEPA. ¡Corre, Paca!
PACA. Pára un poco.
FRAILE. (¡Lindo par!)
PACA. Que me se cae
una liga y no es decente
lucir lo que ha de guardarse.
(Se inclina para atarse la liga y al Fraile se le abren los ojos, como á cada hijo de vecino en semejante caso.)
PEPA. ¡Cambiada estás!
FRAILE. *(Acercándose á ellas y rezando á media voz.)*
¡Padre nuestro!...
PACA. *(A Pepa.)*
Ponte aquí por si llega alguien
con deseos.
(La Pepa se coloca delante de la Paca, extendiendo la falda.)

PEPA. ¡Anda!

FRAILE. *(Saludando.)*
¡Buenas!
(¡Y gordas!)

PACA. *(Con sorna.)*
¡Dios le acompañe!
(Entran las dos en la casa después de mirar al fraile burlonamente y de soltar una carcajada.)

FRAILE. *(Alzando la vista al cielo.)*
¡Señor! ¡Qué dura es la vida
para los que sufren! ¡¡Arre!!
(Arreando al animal.)
(Vase por la izquierda con el burro. Ataca la orquesta y se oye dentro de la casa el ruido de las castañuelas que acompañan el fandango y se hace la

Mutación.

CUADRO SEGUNDO

Portalón de una casa en que se celebra un baile de candil; mesas, sillas y bancos distribuídos convenientemente. En el centro de la escena y colgando del techo un gran velón con los cuatro mecheros encendidos.

ESCENA PRIMERA

RAFAEL y ALFONSO, á la derecha: este último sin dejar de mirar á JENARA y DON PAULINO, que están sentados á la izquierda. CEFERINO y BLAS tocando las guitarras en el fondo y PACA y PEPA á su lado. Una maja y un manolo en el centro de la escena bailan el fandango, que acompañan la NARANJERA, MANUELA y otras majas y majos que forman grupo en torno á la pareja que baila. El criado distribuye vino y manjares á los concurrentes. Poco después de alzarse el telón termina el baile y cesa la música. Mucha animación en escena. Aplausos de todos.

NARA. ¡Bien bailado!
RAFA. Y con donaire.
PACA. ¡Y bien tocado!
CEFE. Se estima,
pero echen acá la jarra,
porque la sangre me pica
del calor.

(Procurando abrazar á la Naranjera. El criado alarga la jarra.)

NARA. *(Esquivando el abrazo.)*
¡Las manos quedas
ó escupes en la vesita,
de una vez todos los huesos
de la boca!

CEFE. *(Tomando la jarra.)*
No dirías
eso si el que te tocara
fuera Alifonso.
(Señalando á Alfonso que sigue fijo en Jenara. Siguen hablando bajo.)

PAUL. *(A Jenara.)*
Dí, rica
¿estás á gusto?

JENA. *(Zalamera; pero atendiendo más á Alfonso que á don Paulino.)*
Yo, al lado
de su mercé ¿cómo había
de estar?

PAUL. *(Reparando en la insistencia con que Alfonso les mira.)*

Yo no, que hay enfrente
quien parece con la vista
comernos.

JENA. *(Por Alfonso. Suspirando.)*
¡Qué lindo mozo,
y cómo su amor me tira!)

PAUL. ¿No me oyes?

JENA. Sí.

PAUL. Pues no mires
allá, que me mortifica.

JENA. No haya su mercé cuidado,
porque miré sin malicia.
Conmigo no tendrá nadie
más dominio de por vida
que su mercé y mi marido.

PAUL. Así debe ser.

ALF. ¿Ves?
(Haciendo un ademán de ira al ver á Jenara y don Paulino que hablan muy acaramelados.)

RAFA. *(Sujetándole.)*
¡Quita!
¡Has de estar quieto ó me marcho!

ALFON. ¡Si es ella la que me incita!

LOR. *(A la Naranjera por Alfonso y Jenara.)*
¡Míralos, tú!
NAR. Me se antoja
que la sastra del usía
se va á llevar esta noche
lo de atrás en carne viva.
LOR. ¡Que ella no es manca!
NAR. Eso luego
se verá.
RAF. ¿Pero qué misa
de *requiem* es ésta? ¡Vamos,
tocar!
PACA. ¡Vengan seguidillas!
PEPA. ¡Que empiece el baile, Jenara!
RAFA. ¿Con quién?
PACA. Con quien ella diga.
JENA. *(A Paulino.)*
¿Su mercé me da licencia?
PAUL. Haz tu gusto, prenda mía.
(Se levanta Jenara.)
ALF. *(A Rafael, levantándose también.)*
(¡Verás!)

(Se dirige resueltamente hacia Jenara, y al verlo se levantan de sus asientos como movidos por un resorte la Naranjera y don Paulino.)

JENA. (¡Ya viene!)

PAUL. *(Aparte á Jenara.*

(¡Con ese no!)

LOR. (¡Me huele á chamusquina!)

ALFO. *(A Jenara.)*

(¿Sirve este cuerpo?

PAUL. *(Airado.)*

¡No sirve,
porque está comprometida!

NARA. *(Adelantándose resueltamente.)*

¡Y porque á mí no me da
la rial gana de que sirva!

LOR. ¡Muy bien!

ALFO. *(Agresivamente.)*

¿Y á ti quién te mete
en este asunto?

NARA. ¡Yo misma,
que no necesito bula

para comer carne en vegilia!
Y como tengo costumbre
de llevar la frente limpia
de *estorbos*, porque á Dios gracias
no hay sastres en mi familia,
(Movimiento agresivo de Jenara, contenido por don Paulino.)
sepan sus mercés y sepan
otros, que mientras yo viva
(Por Alfonso.)
éste no hace centinela
ná más que en esta garita.
(Señalándose ella misma.)

JENA. ¿Va eso por mí?
(Tratando de abalanzarse sobre la Naranjera.)

ALFO. *(Cogiendo violentamente de un brazo á la Naranjera que imita á Jenara.)*
¡Quieta!

PAUL. *(A Jenara.)*
¡Calla
y demuestra que eres dina!

JENA. Tenéis razón.

PACA. ¡Siga el baile!
JENA. Pues venga, y pa que no diga
nenguno que la Jenara
se asusta de medios días,
vamos á bailar juntitos
los dos
(A don Paulino.)
PAUL. ¡Diablo de chiquilla!
CEFE. ¡Duro!
PACA. *(Por don Paulino).*
¡Bien por los señores!
RAFA. ¡Viva el garbo!
NARA. *(Mirando gozosa á Alfonso.)*
(¡Traga quina!)
LOREN. *(A la Naranjera para calmarla.)*
¡Esto se ha acabao!
NARA. ¡Mejor
dijeras que ahora prencipia!

Música.

(Bailan las seguidillas Jenara y don Paulino; éste todo lo torpemente posible y aquélla lanzando

de vez en cuando miradas rencorosas á la Naranjera.)

PACA. La capa colorada
tiene mi majo
y la gloria del mundo
lleva debajo.
¡Toma confites,
y échalos en la boca
no te los quiten!

CORO. ¡Toma confites,
etc., etc.

—

(Hablado con música en la orquesta.)

LOR. *(Con sorna á Don Paulino:)*
Su mercé es una peonza.

PAUL. Gracias.

ALF. *(Por Jenara.)*
(¡Cómo la maldita
me hace sufrir!)

LOR. ¡Otro baile!

PAUL. *(A Jenara.)*
¿Quieres?

JENA. Como mande usía.
NARA. Yo canto la copla.
JENA. (¡Esta anda
buscándome las cosquillas!)
NARA. Yo conozco á mi maja
desde muy lejos
porque siempre la siguen
cuatro cortejos;
y como es justo,
si ellos tienen el gasto
yo tengo el gusto.
CORO. ¡Toma canela!
Si no lo has entendido
vete á la escuela.

Hablado.

VARIOS. ¡Vítor, vítor!
ALF. *(Violentamente.)*
Ya no puedo.
más.
(Rafael intenta sujetarle, y en vista de que se esfuerza en vano, le suelta.)

RAF. ¡Pues anda!

ALF. *(Adelantándose en ademán provocativo.)*
No termina
eso bien.

PAUL. *(Galleando.)*
Pues... ¿cómo quiere?
(Alfonso se queda un momento mirando á Don Paulino de alto á bajo despreciativamente, y por último, le derriba el sombrero de un revés.)

ALF. ¡Así!
(Alboroto y confusión. Alfonso se arroja sobre Don Paulino.)

PAUL. *(Sofocado.)*
¡Quítenle de encima
que le he de matar!

PACA. ¡Socorro!

JENA. *(A Naranjera.)*
¡Por ti, bribona!

PEPA. ¡Justicia!

NARA. *(A Jenora.)*
Nos veremos.

JENA. Cuando quieras.

NARA. Pues ahora, por si se olvida.

JENA. ¡Pues ahora!

(Disponiéndose para la lucha.)

NARA. *(A todos.)*

¡Chicos, fijarse,
que van á empezar las vistas!

(Se acometen. Jenara se agarra al moño de la Naranjera y ésta levanta las faldas de Jenara y la azota, mientras Alfonso pega á Don Paulino. Momento de alboroto, en el que varios tratan de apaciguar á los combatientes.)

RAF. ¡Alfonso!

(Queriendo desasirle.)

LOR. *(A Naranjera.)*

¡Suelta, muchacha!

RAF. ¡Bueno está ya!

(Tirando violentamente de Alfonso.)

LOR. ¡Basta, Isidra!

(Haciendo lo mismo que Rafael.)

ESCENA II

DICHOS y DIONISIO, que aparece en la puerta cuando acaban de separar á los combatientes.

DION. ¡Ténganse allá!

(Todos se callan y se detienen un momento.)

JENA. *(Arreglándose disimuladamente la ropa.)*

¡Mi marido!

BLAS. *(Sujetando á Don Paulino.)*

¡Cálmese!

JENA. (¡Me haré la vítima!)

¡Ven, que voy á desmayarme!

(Dionisio se adelanta pausada y gravemente á Jenara.)

DION. ¡Aquí mis brazos te brindan
fuerte coluna! ¿Qué ha sido?

(Interrogando á todos.)

JENA. ¡Ay de mí!

(Cae en los brazos de Dionisio fingiendo un desmayo.)

DION. ¿Naide me explica?...

PAUL. ¡Fué que agravióla un canalla!
ALF. ¡Cómo!
(Queriendo abalanzarse de nuevo á él.)
DION. ¡Quieto! ¡Haré justicia!
(Todos se apartan al segundo término, dejando en primero á Dionisio, que sostiene á Jenara, y formando grupo: á la derecha, Alfonso desafiando con el ademán á Don Paulino, y Rafael, majos y manolas que le contienen, y á la izquierda, Don Paulino provocando á Alfonso y contenido por Blas, Ceferino, Paca y Pepa. Dionisio dice pausadamente, después de contemplar un momento á Jenara.)
¡Fiera suerte! ¡Horrible duda!
¡Desdichada esposa mía!
Tan honrada, tan prudente,
tan generosa, tan limpia...
y siempre lleva estas guerras
consigo. ¡¡Dios la bendiga!!
PAUL. Dionisio, vamos á casa.

DION. Vamos donde quiera usía,
y este lance, de escarmiento
y de enseñanza nos sirva.
¡Ya vuelve!
(Por Jenara que suspira lánguidamente.)

PAUL. Toma mi brazo.
(Jenara se coge del brazo de Don Paulino, y éste mira con aire de triunfo á Alfonso.)

JENA. *(A Dionisio.)*
¡Ay, marido de mi vida!
(Vanse por el foro los tres, y antes Jenara vuelve la cabeza para mirar coquetonamente á Alfonso. Este trata de salir detrás.)

NARA. *(Sujetándole de un brazo.)*
¡Tú te quedas!

ALF. *(Enérgico,)*
¡Suelta!

NARA. ¡No
te suelto aunque me hagas trizas,
que de la hija de mi madre
no ha nacido el que se ría!

ALF. *(A Rafael.)*
¿La mato ó la dejo?
RAF. ¡Déjala!
LOR. ¡Venga música!
NARA. *(A Celedonio.)*
¡Prencipia,
que este majo va á bailar
conmigo las seguidillas!
(Pone á Alfonso delante de ella y rompe la música.)

TELÓN

Á GUISA DE EPÍLOGO

Á GUISA DE EPÍLOGO

Con más razón que Maura, cuando dijo:

Nosotros, somos nosotros,

López Silva pudiera decir, si no se lo vedase su modestia:

—*Yo, soy yo.*

Porque si los Mauras han abundado siempre en España, casi tanto como las bellotas en el Pardo, López Silva no hay más que uno. Le plagian, le imitan, le saquean, hasta le asesinan. ¡Inútil! Esos son òtros López.

Decir algo de este poeta de costumbres madrileñas, es la cosa más fácil, á la vez que la más difícil, del mundo. La más fácil, porque con repetir un poco de lo mucho que se

ha escrito de su musa chulapona pueden llenarse muchísimas cuartillas; y la más difícil, porque, aun diciendo algo nuevo á propósito de ella, se corre el riesgo de pretender *descubrir* á quien es tan popular en España y fuera de España.

Yo no conozco en Francia—donde algunos periodistas, como los del *Journal,* quieren copiar, y copian malamente y sin pizca de gracia, el vocabulario y el gesto de los chulos parisienses,—yo no conozco una musa francesa que equivalga literariamente á la española de López Silva. Hay, sí, en las letras parisienses una musa callejera, la de Bruant, pero triste y dolorosa hasta cuando habla, como en *Chant d'Apaches,* el argot que ha hecho nido en las fortificaciones. Tiene la tristeza del fango de París y el dolor que parece desprenderse de los tejados pobres de la gran ciudad. Tiene también el aspecto siniestro que presentan de pronto los ángulos de las calles de estos barrios bajos de mentalidad y corazón.

La musa de López Silva es una chula, me-

jor dicho, *la chula*. Tiene alegrías en el corazón, malicias en la boca, retozos en el cuerpo salado, que no huele á perfume de tienda, pero sí á hembra sana. Tiene desenfados y descocos que suelen rayar en desvergüenzas, pero siempre ingeniosas y chisperas. Tiene filosofía, pero honda, oculta en las entretelas del espíritu, y si se asoma es á hurtadillas y como con miedo de que la vean. La musa de López Silva lleva un gran sol en el alma, y cuando de pañuelo y mantón sale del brazo de Goya, taconeando por las calles de Madrid, hay que decirla:

—*¡Olé, tu madre!...*

He hablado de filosofía, porque son filosóficos, á su manera, los diálogos de esos chulos de López Silva, que empiezan á discutir con arrestos de Cid y acaban con mansedumbres de Sancho. Si fuera aceptable—como debiera serlo—que también en la broma haya grandeza trágica, la de algunos de los diálogos de López Silva parecería épica. No todos los chulos del poeta español son Pangloss. Alguno es, al revés, Hamlet.

Yo no conozco poeta español de más gracia clásica, ni de más ingenio castizo, ni de más cuajo madrileño. Leyéndolo, trasládome á los Viveros, á las Vistillas, á las Ventas del Espíritu Santo, y mi juventud se despierta al son de un organillo, bailando un tango de *desmigue* personal en el arroyo. Leyéndolo, vuelvo á verme en un portal cualquiera de los barrios bajos madrileños, en noche de verano, de sandías y de melones al aire libre, oyendo chulaperías de la vecindad, que toma el fresco en la acera. Leyéndolo, río, gozo y me rejuvenezco. ¡Y son tan escasas las ocasiones de gozar, aunque son tantas las ocasiones de reir, que nos dan nuestros escritores!...

Como lector, yo tenía una deuda de gratitud con López Silva. Hace tiempo que deseaba darle públicamente las gracias por haberme amenizado la existencia.

Luis Bonafoux

París, Marzo de 1911.

ÍNDICE

	Páginas.
Dedicatoria	V
Prólogo	VII
El triunfo de las faldas	3
El aniversario	15
Vivir para ver	25
Brindis	37
¡Viva Madrid!	41
El patio tranquilo	51
Todo por la idea	77
Al maestro Vega	89
Tal para cual	97
A un rufián	109
¡Hay que vivir!	115
El vicio nacional	129
Las niñas del coro	143
Un aviador	157
El triunfo de la opereta	173
El viejo verde	183
Los cortejos	205
A guisa de epílogo	235

862.59
L863m

862.59 L863M

a39001 008138136b

BIBLIOTECA RENACIMIENTO

V. PRIETO Y C.ª, EDITORES — PONTEJOS, 8 — MADRID

VOLÚMENES DE 250 Á 400 PÁGINAS, LUJOSAMENTE IMPRESOS, CON ARTÍSTICAS CUBIERTAS EN COLOR

Ptas.

S. y J. ÁLVAREZ QUINTERO

La rima eterna 3,00
La flor de la vida 3,00

Comedias escogidas.

I. Los galeotes.—El patio.—Las flores 3,50
II. La zagala.—Pepita Reyes.—El genio alegre 3,50
III. La musa loca.—El amor que pasa.—Las de Caín 3,50

PÍO BAROJA

César ó nada, *novela* 4,00
Las inquietudes de Shanti Andía, *novela* 3,50

JOAQUÍN BELDA

La farándula, *novela* 3,50
La piara, *novela* 3,50

ADOLFO BONILLA Y J. PUJOL

La hostería de Cantillana, *novela* . . 3,50

JOSÉ CANALEJAS

La democracia en España 3,50

RICARDO J. CATARINEU

El libro de la prensa, *antología*. Prólogo de Miguel Moya 3,50

ANATOLE FRANCE

La azucena roja, *novela* 3,50

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO

Matilde Rey, novela 3,50

EDMUNDO GONZÁLEZ BLANCO

Los grandes filósofos.—Strauss . . 3,00

ALBERTO INSÚA

La mujer desconocida, *novela* 3,50
El demonio de la voluptuosidad, *novela*. 3,50

JUAN R. JIMÉNEZ

Pastorales, *poesías* 3,50

RICARDO LEÓN

El amor de los amores, *novela*. . . . 3,50

RAFAEL LÓPEZ DE HARO

Entre todas las mujeres, *novela*. . . 3,50
La poseída, *novela*. 3,50

Ptas.

J. LÓPEZ PINILLOS (PARMENO)

Las águilas (De la vida del torero), *novela* 3,50

J. LÓPEZ SILVA y F. SHAW

Sainetes madrileños: *La revoltosa, Las Bravías, La Chavala. Los buenos mozos* 3,50

J. LÓPEZ SILVA

La musa del arroyo. 3,50

MANUEL LINARES RIVAS

Teatro.—I. *Aire de fuera, El abolengo, María Victoria* 3,50

MANUEL MACHADO

Apolo, *poesías* 3,50

EDUARDO MARQUINA

Doña María la Brava 3,50
En Flandes se ha puesto el sol . . . 3,50
La alcaidesa de Pastrana 2,50

G. MARTÍNEZ SIERRA

Sol de la tarde 3,50
Canción de cuna 3,50
Primavera en otoño. 3,50

CONDESA DE PARDO BAZÁN

Dulce dueño, *novela* 3,50

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

A. M. D. G. La vida en los colegios de jesuítas, *novela*.. 3,50

JACINTO OCTAVIO PICÓN

Juanita Tenorio, *novela* 4,00
Mujeres 3,50

SANTIAGO RUSIÑOL

El pueblo gris 3,50
Un viaje al Plata 3,50

JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA

Las sombras de Loyola. 2,50

R. SÁNCHEZ DÍAZ

Jesús en la fábrica, *novela*. 3,50

FELIPE TRIGO

Las posadas del amor 3,50

MIGUEL DE UNAMUNO

Por tierras de Portugal y España . . 3,50

A. VIVERO Y A. VILLA

Cómo cae un trono. (La revolución en Portugal) 3,50